

CONCURSO

HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

Me lo contó mi abuelito

24 AÑOS



CONCURSO  
HISTORIAS DE NUESTRA TIERRA

*Me lo contó mi abuelito*





Coordinación de contenidos:  
Bella Araneda, Camila Leclerc, Sara Montt

Diseño gráfico:  
Victoria Neriz

Corrección de estilo:  
Manuel Peña

Ilustraciones:  
Katerina Gleboff

Derechos reservados  
Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 275.029  
ISBN: 978-956-7215-64-5  
Marzo 2017, Santiago de Chile

Imprenta:  
Maval Ltda.



Los cuentos que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas y jóvenes de todo Chile para el concurso “Historias de Nuestra Tierra”.

[www.concursocuentos.cl](http://www.concursocuentos.cl)

Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA  
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con el financiamiento del Ministerio de Educación





# ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b>	<b>9</b>
<b>PALABRAS DEL JURADO A LOS ESCRITORES</b>	<b>11</b>
<b>PREMIOS NACIONALES</b>	
El caballo, la noche y el niño, Sofía Inés Arregui Contreras. Región de Aysén	13
La flor del mar, Amparo Asenjo Baxa. Región de Los Lagos	16
El ahorcado, Catherine Antonia Belén Melo Matamala. Región del Bío Bío	20
Los viajes de mi abuelita: Comercio entre poblados indígenas, Melanie Patricia Cáceres Pachao. Región de Tarapacá	24
<b>REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA</b>	
El pordiosero de Sibitaya, Pablo Antonio Yante Chambe	27
Wara y su vida en el pueblo, Sandra Pamela Pinto Muños	30
Un regalo para ti, Bárbara Alejandra Santelices Ortiz	35
<b>REGIÓN DE TARAPACÁ</b>	
Los viajes de mi abuelita: Comercio entre poblados indígenas, Melanie Patricia Cáceres Pachao	24
El despacho, Mariane Mamani García	39
El cóndor y el ñandú, Edilson Antonio Castro Condori	41
<b>REGIÓN DE COQUIMBO*</b>	
Las pelus de durazno, Valentina Ignacia Tordecilla Bugueño	44
El milagrito, Joan Sebastián Solar Madrid	47
Ño Carnavalón, Camila Rosenda Vergara Castro	50

\* Las regiones de Antofagasta y Atacama fueron declaradas desiertas por el jurado del concurso.

**REGIÓN DE VALPARAÍSO**

Once de historias, Anyelo Miranda Plaza	53
La gallina que cruzó la cuestecilla, Nicolás Antonio Muñoz Briones	56
Historias del Culén y la Mora, Bárbara Fernanda Retamales Muñoz	58

**REGIÓN METROPOLITANA**

Sayén y el colibrí mágico, Francisca María Paz Moreira Moncada	61
Te cuento mi historia, Daniela Carolina Fonseca Gutiérrez	64
La Mami, Belén Millaray Pezoa Millanguir	67

**REGIÓN DE O'HIGGINS**

Las liebradas, Lissette Alejandra Leiva Castro	71
Flores negras en mi jardín, Karin Francois Pinto Aravena	73
La leyenda del cerro Gulutrén de Peumo, Patricia Antonia Núñez Contreras	76

**REGIÓN DEL MAULE**

Don Pedro Villanueva y la señora Clodomira, Estefania Alejandra Andrades Pérez	78
El barco flameante, Juan José Quiero Correa	82
Encuentro con brujos, Felipe Ignacio Silva Muñoz	84

**REGIÓN DEL BÍO BÍO**

El ahorcado, Catherine Antonia Belén Melo Matamala	20
El chanchito de tres patas, Sebastián Antonio Pastén García	87
La chancha acuchillada, Felipe Andrés Fernández Martínez	89

**REGIÓN DE LA ARAUCANÍA**

La visita del zorro, Tomás Marcelo Necul Zúñiga	92
La trapelacucha de Felicinda, Amanda Calfueque Quintero	95
La laguna cristalina, Margarita Catalina Pereira Henríquez	97



### REGIÓN DE LOS RÍOS

El caminero del pacto, Joaquín Alexis Vicuña Valenzuela	99
La Puma, Alondra Antonia Maldonado Opitz	103
Contigo por siempre, Diego Alfredo Pinuer Alvarez	105

### REGIÓN DE LOS LAGOS

La flor del mar, Amparo Asenjo Baxa	16
Ramoncito, el monito del monte, Amparo Isabel Arriagada Leyton	108
La jarra mágica, Bárbara del Pilar Miranda Silva	111
Cipreceros de las Guaitecas, Paloma Estefania Huenteo Antipani	114

### REGIÓN DE AYSÉN

El caballo, la noche y el niño, Sofía Inés Arregui Contreras	13
El taller de mi abuelo, Michel Ivon Aguilera Nahuelquin	118
La mano negra, Aelyn Michel Ruiz Muñoz	122

### REGIÓN DE MAGALLANES

Cacique mulato, Gabriel Ignacio Miranda Zúñiga	124
Traición en la Patagonia, Rodolfo Exequiel Solís Carvajal	127
El campamento, Nicol Franchine Barrientos Leiva	130







## PRESENTACIÓN

Los jóvenes autores de estas obras son de distintas regiones de Chile; de los calurosos y nítidos valles del norte hasta las verdes tierras que aparecen entre los mares del sur.

Historias de todo el territorio nacional podrán descubrir en estas páginas, donde leerán entretenidas aventuras que cuentan, además de los abuelitos, una comadre, una vecina, un tío, el señor del almacén. También hay aventuras propias y cuentos que provienen del amplio campo de la imaginación.

Todos los relatos fueron escritos por menores de 15 años. En esta ocasión los premios nacionales se entregaron a: Sofía, de Aysén; Amparo, de Frutillar; Catherine, de Negrete y Melanie, de Pica. En el cuento de Sofía, que obtuvo el primer lugar del concurso, el protagonista es un niño que se ve obligado a ser fuerte. Se trata sobre la relación con su padre y de una yegua que necesita ayuda para parir a su pequeño potrillo. Aquí Sofía nos muestra, con la profunda autenticidad de su narración, cómo a veces simplemente debemos estar ahí para ayudar y cómo esto nos hace crecer, aunque no lo estemos esperando.

Es a través de cuentos como este, colmado de sentimientos, que los invitamos a descubrir la cultura rural de nuestro país; con la mirada atenta y transparente de niños y jóvenes.

Carlos Furche  
Ministro de Agricultura

Bárbara Gutiérrez  
Vicepresidenta Ejecutiva  
Fucoa





## PALABRAS DEL JURADO A LOS ESCRITORES



Destaco en esta XXIV versión de “Me lo Contó mi Abuelito”, el alto nivel literario y antropológico de los cuentos enviados, así como los nuevos imaginarios y temas que emergieron, como los relacionados con género y el trauma de 1973. Asimismo llamó la atención el que niños(as) muy pequeños(as) escribieran relatos de gran valor ya sea desde las vertientes de la tradición oral o de la creación escritural. Quedó de manifiesto que la transmisión transgeneracional de símbolos y universos mitológicos se mantiene y que las variantes dentro de esas estructuras muestran una renovación y nuevas tesis.

**Sonia Montecino.** Antropóloga y escritora, profesora titular del Dpto. de Antropología de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales, 2013.



Niños de Chile:

Gracias por lo que nos regalan con sus líneas. Nos recuerdan ese Chile aromático tierno y lleno de leyendas ingenuas. Por favor sigan avanzando por el camino de las letras que son lo único que nos va a quedar. Historias y cuentos de los abuelos permanecerán gracias a ustedes porque no hay nada ni nadie que pueda hacerlo mejor. Creo firmemente en ustedes que son el único baluarte que permanece puro y simple ante un arrollador desarrollo mal entendido.

**Paul Landon.** Chileno, Periodista y amante del Chile antiguo. Tuve la suerte de estudiar gracias al esfuerzo de mis padres y a la grandeza de campesinos como Reynaldo y Camilo que me enseñaron a conocer nuestra tierra.



En relación al concurso, pienso que las creaciones del nivel de educación básica fueron muy buenas desde el punto de vista cultural y literario. Creo firmemente que uno de los méritos más importantes de este concurso es la permanencia, ya que establecer “tradiciones” en el sistema escolar es siempre positivo y creo que esta instancia lo demuestra. Por otra parte, la impresión de los textos permite que las escuelas cuenten con un material de lectura interesante, con frecuencia representativo de un contexto cultural, social, afectivo, muy cercano y reconocible, con el cual es fácil identificarse.

**Josefina Muñoz.** Profesional del MINEDUC, Licenciada en Literatura, a cargo de Recursos educativos y edición de textos.



Para mí fue una gran experiencia participar como jurado. Escritos con honestidad, estos relatos reflejan la realidad geográfica y cultural de Chile. En cada uno de ellos se pueden apreciar los matices sociales, humanos y lingüísticos de norte a sur del país. Aparecen naturaleza y costumbres campesinas, relaciones familiares, roles de género, un rico léxico local, vida de los pueblos originarios, mitos, leyendas y tradiciones de pueblos olvidados, entre otros aspectos. El concurso permite que muchas personas de distintas edades puedan participar compartiendo sus historias de vida. Muchos de estos relatos son tan vívidos y están tan bien escritos que pueden perfectamente integrar una antología del cuento chileno o libros de texto para la educación básica y media. Un concurso excelente que nos asoma a la vida real del país a través de la literatura.

**Manuel Peña.** Escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas literarias y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular de Novela por Mágico Sur ediciones SM España. Se ha destacado como relator de seminarios, cursos y talleres de literatura infantil y juvenil que ha dictado en Chile y Latinoamérica. Entre sus libros de crónicas se destacan *Ayer soñé con Valparaíso y Chile, memorial de la tierra larga*. Su página web es: [www.elcaballerodelosalceres.cl](http://www.elcaballerodelosalceres.cl)

\*Al realizar la edición de los relatos, se procuró mantener el tono oral propio de cada autor.



## PREMIOS NACIONALES

## EL CABALLO, LA NOCHE Y EL NIÑO

Sofía Inés Arregui Contreras (14 años)

Estudiante

Aysén, Región de Aysén

*Primer lugar nacional**Primer lugar regional*

La primera vez que vio un verdadero parto, fue una madrugada a finales de agosto.

El niño se había despertado en su cama por los ruidos de pasos fuera, en el pasillo. Escuchaba con atención, tratando de averiguar qué sucedía. Sabía que era algo importante, lo sentía en el pecho, como una extraña emoción, un raro presentimiento.

En la litera de abajo, su hermanita también se había despertado. El niño se asomó y vio sus ojitos brillantes en la oscuridad, como los de un animalito asustado.

Quería bajar y tranquilizarla, decirle que todo estaba bien, pero apenas se estaba planteando aquella idea, la puerta se abrió y su primo, años mayor, apareció recortado en el umbral.

—La yegua está pariendo —dijo.

Minutos después, el niño, abrigado apresurada y torpemente, corría hacia el establo donde tenían a los animales. Levantó la trampa de la puerta como pudo y se coló dentro. Los caballos lo recibieron con relinchos de alegría; estaban

nerviosos aquella noche, pero la presencia del hombrecito siempre lograba calmarlos.

Allá al fondo, en el último espacio, el niño divisó a su padre. Corrió hacia él, candil en mano, pero al llegar se quedó totalmente quieto y paralizado.

Todo estaba lleno de sangre. El caballo estaba tendido en el suelo, con la cabeza levemente levantada. Gruñía y se quejaba, y su aliento errático y jadeante creaba nubecitas tibias que se desvanecían en el aire. La yegua dirigió su mirada hacia él por un momento y el niño estuvo a punto de dejar caer el candil, pero su padre, presintiéndolo, volteó la cabeza.

—No seas cobarde —le reclamó—. Ven, necesito ayuda.

Ese tono no aceptaba objeciones, así que el niño obedeció.

Pasaban los minutos y aún no salía el bebé. El adulto tranquilizaba a la yegua con caricias, hacía lo posible para ayudarla a pujar, pero nada sucedía. Y el niño seguía lavando la

sangre, una y otra vez. A pesar de su corta edad, comprendía que aquello estaba mal. Muy mal.

—Vamos a necesitar ayuda —dijo al cabo de un rato su padre, levantándose. Tenía las rodillas sucias de tierra y paja—. Tú quédate aquí. Si pasa algo, grita.

Y entonces el niño se quedó solo.

Y por alguna razón que nunca pudo entender, apenas unos minutos después de que su padre se hubiera marchado, la yegua comenzó a empujar.

Al principio se volvió loca. El niño se corrió hacia atrás por reflejo cuando el animal se sacudió, y solo eso evitó que fuera pateado. Intentó gritar, pero la voz no le salió. Tenía miedo.

El caballo relinchaba ahora y los otros del corral también, histéricos. El niño se acercó como pudo y tratando de esquivar los golpes, se posicionó peligrosamente cerca de ella. Se le escapaban las lágrimas de terror y desesperación, pero se las secó con la manga.

La sangre salía a borbotones y la yegua tenía los ojos entornados. Otra vez lo miró, pero de una manera distinta. “¡Ayuda!”, decía su mirada.

—¡Fuerte, Blanca! —susurró entonces el niño. Tenía los músculos tensos y el pecho oprimido, pero intentó sonar seguro. Y el animal pareció entender.

Su estómago comenzó a moverse, violentamente, de arriba abajo, como en patrón y, el

hombrecito, temblando, se arremangó. Actuaba como por instinto.

—¡Aquí viene! ¡Sigue, sigue! —chilló cuando vio aparecer, a medias, un pequeño hocico. El corazón le latía fuerte, ensordecedor. En sus cuadrillas, esta vez, los otros animales parecieron vitorear.

Luego, el niño vio una pata. Otra. Tres patas. Un ojo cerrado.

—¡Un poco más, Blanca! —insistió, poniendo una palma sobre el vientre animal.

Y entonces la yegua lanzó un último relincho adolorido, justo cuando el niño tiraba de la pata del bebé, buscando sacarlo al exterior, sacarlo a la vida.

Cuando su padre volvió, diez minutos más tarde, angustiado y esperando ver el peor panorama, el niño lloraba en silencio en el suelo. A unos metros allá, el caballo, aún recostado, lamía a su pequeño potrillo, quién movía la cabeza, como buscando alimento. El chiquillo se volteó a verlo y le sonrió. Aún tenía algunos dientes de leche.

—Nació —fue lo único que dijo.

Y no fue necesario decir nada más, porque el hombre le leyó en la mirada todo lo que necesitaba saber. Se acercó y se sentó junto a él a mirar cómo el potrillo abría los ojos, y en ellos se reflejaba la luz de la vida. Había roto el cascarón, había nacido. Y al padre le dio la impresión de que, aquella noche, el niño también lo había hecho.





## PREMIOS NACIONALES

## LA FLOR DEL MAR

**Amparo Asenjo Baxa (12 años)**

Estudiante

Frutillar, Región de Los Lagos

*Segundo lugar nacional**Primer lugar regional*

Yo vivo con mi *ñuke*<sup>1</sup> Isabel. Desde que me acuerdo hemos estado solas las dos. Tenemos una pequeña *ruka*<sup>2</sup> y en el patio una huerta donde plantamos papas, zanahorias, betarragas y lechuga. Todos los días voy a buscar *luche*<sup>3</sup> para ir a venderlo en la feria. Uno de esos días, vi que había una *domo lafkenche*<sup>4</sup> con unos brillantes e intensos ojos negros. Estaba sentada sobre una gran roca cantando una hermosa melodía mientras las olas la acompañaban en un suave murmullo como si conocieran las notas de esa pieza musical. Tras ella había un *lituche*<sup>5</sup> de cabello oscuro y ojos café escuchando y admirando su hermoso canto. Yo estaba tras un arbusto, igual de maravillada que el *lituche* viendo a la *domo*

cantar. Cuando terminó, ambos se tomaron de las manos, pero al hacerlo, ella mágicamente se convirtió en una *Kai-Kai*<sup>6</sup> y él, en un *Tren-Tren*<sup>7</sup>. ¡No podía creer lo que estaban viendo mis ojos! En el instante, desaparecieron en la inmensidad de la orilla.

Al poco andar, quedé paralizada pensando en lo que pasó. Me sentía confundida y extraña. No sabía cómo reaccionar. Raudamente y aún sorprendida por aquel suceso, volví a mi *ruka* para preguntarme qué había pasado. Estaba tan inquieta que no podía dormir. Me daba vueltas de un lado a otro y no sabía si era solo un *peuma*<sup>8</sup> o una señal de *Nguenchen*<sup>9</sup>.

1 Ñuque: Mamá (nota del editor).

2 Ruka: Vivienda tradicional mapuche (nota del editor).

3 Lucho: Alga marina comestible (nota del editor).

4 Domo lafkenche: Mujer lafkenche, mapuche de las costas sureñas (nota del editor).

5 Lituche: Hombre del comienzo del mundo (nota del editor).

6 Kai-Kai: Serpiente mitológica marina (nota del editor).

7 Tren-Tren: Serpiente mitológica terrestre (nota del editor).

8 Peuma: Ilusión (nota del editor).

9 Nguenchen: Divinidad de la creación del mundo (nota del editor).



Para tranquilizarme un poco, salí a caminar. Al llegar a la playa, otra vez estaba la domo y el lituche pero esta vez tomando *mudai*<sup>10</sup> en grandes y bellas caracolas.

Ya se había hecho de noche y en eso sentí que la *kuyen*<sup>11</sup> se iluminó majestuosamente recibiendo su luz nocturna en mi cara. Entendí inmediatamente que era definitivamente una señal de *Nguenchen*. Regresé y al llegar a mi *ruka* caí dormida como nunca.

Al día siguiente, y sin razón alguna (al menos eso creía), mi *ñuke* me sorprendió regalándome un hermoso canelo y me dijo que mientras más lo cuidara, más crecería, que siempre me acompañaría y que algún día iba ser el más grande y hermoso canelo de todos los alrededores. Entonces comprendí, decidida, que debía llevarlo conmigo a todas partes con la idea de cobijarlo, como si fuese mi mascota, a pesar de lo extraño que se veía.

Después de hacer mis deberes en la *ruka*, recordé a la hermosa *domo*. Tomé mi canelo para ir a la playa con la esperanza de volver a verla, pero ahí solo estaba la *domo* cantando tristemente, mientras de sus ojos brotaban cristalinas lágrimas que cuando caían, sentía que el cielo se tornaba gris oscuro.

Comenzaba a llover mientras las aguas se movían con mayor violencia. El susurro de las gotas de lluvia me hizo sentir algo que me destrozaba por dentro y me obligaba a ir, pero no me atreví pues tenía miedo de lo que podía decirme. Tan grande fue el temor que me devolví corriendo a mi *ruka*.

Al caer el *antu*<sup>12</sup>, supe que algo tenía que hacer para ayudar a esa pobre mujer, pero no sabía si podría hacerlo ¡Solo era una niña! Le pregunté a la *kuyen* qué podía hacer. Tras eso le dije:

—*Kuyen*, dame una idea, ¡ilumina mi camino!

Seguía inquieta y desconcentrada. Traté de descansar.

Cuando *antu* despertó y mostró sus luminosos colores, volví a la playa y una vez más me encontré con ella. Seguía sentada cantando y llorando más apagadamente que la última vez, pero nuevamente no me atreví a hablarle y no supe qué hacer.

Al tercer día, sentí que debía llevar mi canelo, porque mi *ñuke* dijo:

—Mientras más lo cuides, más crecerá y más bello será.

10 *Mudai*: Bebida mapuche (nota del editor).

11 *Kuyen*: Luna (nota del editor).

12 *Antu*: Sol (nota del editor).

Así lo hice. Me fui a la playa con mi canelo en el brazo y con una mano bajo el macetero. Esta vez me atreví a acercarme (¡por fin!) y pude ver cómo sus hermosos ojos negros se iluminaron con algo de esperanza. Con una seña, me invitó a ir con ella, pero no me dijo dónde íbamos ni para qué lo hacíamos. Nunca habló, pero insistió en que la acompañara haciendo siempre el mismo gesto.

Me llevó al centro de la playa y me mostró un lugar cerca de la arena. Instintivamente entendí que quería que plantara mi canelo en ese lugar. Con una extraña sensación de seguridad y cariño, lo hice. Cuando terminé, sus hermosos ojos negros rebosaron de felicidad y de agradecimiento. Al verla de esta manera también sentí que me invadía una sensación de agradecimiento y antes de irse, con su mirada, me transmitió que lo cuidara con mi vida y que siempre estuviera con él. Me sonrió, se despidió con la mano y desapareció entre la niebla que había en la playa.

Con el tiempo mi canelo fue creciendo. También mis sentimientos, conocimiento y mi vida. Al pasar el tiempo, tuve que partir lejos al colegio. Volvía cada verano a visitar mi canelo que crecía y crecía. Tras varios años, un día cualquiera sentí que debía ir a verlo. Volví a mi pueblo y, al llegar donde lo había plantado, me asombré al ver a la misma domo que conocí en mi niñez. La gran sorpresa fue cuando también vi al *lituche* que caminaba tras ella con una bella sonrisa en su cara. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi en la playa. Ambos se tomaron de la mano, como cuando estuvieron juntos la primera vez que pude verlos y, mágicamente, la *domo* se convirtió en una *Kai-Kai* y el *lituche* en un *Tren-Tren*. Los dos subieron juntos al canelo. Entendí que el *lituche* le había prometido que se encontrarían de nuevo en el canelo más grande, frondoso, hermoso y con más vida de los alrededores, que juntos subirían a él como si nunca hubieran estado separados y en ese canelo —mi canelo— estarían juntos para siempre.



## PREMIOS NACIONALES

## EL AHORCADO

**Catherine Antonia Belén Melo Matamala (13 años)**

Estudiante

Negrete, Región del Bío Bío

*Tercer lugar nacional**Primer lugar regional*

El olor a mate con hierba recién sacada de su envoltorio inunda toda la casa. Es una noche de invierno, con lluvia y viento. Uno se sobresalta cuando escucha el ruido del agua cayendo sobre los tejados de zinc, porque la modernidad desplazó a la señorial teja.

—Ya es hora de dormir —me dice mi madre, pero sé que quieren que desaparezca de la cocina. Algo pasó y no quieren que los escuche porque mi tío Juan es cazador. Sale a poner *huaches*<sup>1</sup> o a calar, como dicen ellos, para traer conejos y liebres además de las tórtolas para el estofado de San Juan, el que se hace todos los años en esta fecha. Doy las buenas noches y me voy, pero mi curiosidad de niño puede más que el miedo a los palos que me ganaré por desobediente. Me quedo agazapado a un costado del aparador donde se guardan los vasos y mi tío empieza su relato:

—Vi al ahorcado —dijo mi tío—. Se me apareció el ahorcado del bosque de ciprés.

Mi madre dio un grito de horror que me paralizó el corazón y le dijo:

—¿Tú sabes qué significa eso? —Y mi tío lloraba, no sé si de miedo.

—Eso es lo que me preocupa. Dicen que si se te aparece el ahorcado es porque te queda poco tiempo de vida y yo no me quiero morir —sollozaba el pobre hombre.

—¿Y cómo te fuiste a meter al bosque? —le reclamaba mi madre con angustia.

—No lo sé —decía él. De pronto bajó la neblina y no se veía nada.

—¡Pero cómo! —decía mi madre—. No es posible si no ha dejado de llover.

1 Huaches: Sistema de trampas que utilizan los campesinos para cazar conejos (nota del editor).



—¡Pero allá no! —gritaba mi tío—. Fui siguiendo una liebre. La encandilé con mi foco y ahí lo ví, colgando del ciprés.

—¿Estás seguro?

—¡¡¡Sí, mujer!!! —decía mi pobre tío que ya no sabía qué más decir.

En eso llegó mi padre y al enterarse de tal tragedia se puso frente al aparador en donde yo estaba escondido y sacó un botellón de vino “para calmar las pasiones”, dijo, y yo ni respiraba del miedo, no sé si a la reprimenda o al relato que allí se estaba dando.

No encontrando solución a lo que allí había acontecido, todos se fueron a dormir y yo tuve que esperar un buen rato para hacer lo mismo. Entonces me di cuenta de todos los ruidos nocturnos que hay afuera y que jamás me había percatado. Con miedo y en una noche lluviosa es horroroso: los árboles con sus enormes ganchos con dedos arqueados como de brujas rasguñan todo lo que encuentran a su paso. Apegados a la casa hay dos castaños gigantes y al rozar sus ramas unas con otras, parecen quejidos de una mujer muy afligida.

Me armo de valor y muy agazapado me voy a mi cuarto y, como el piso es de madera, cruje al apoyar mis pies descalzos. De pronto, siento el grito de mi madre:

—¡¡¡Luchín!!! ¿Eres tú?

—¡¡¡Sí mamá!!! —le respondo.

—¿Todavía no te duermes? —me pregunta un poco enojada.

—Es que andaba en las casitas —le contesto.

Las casitas son baños de pozo hechos al final del sitio, sobre todo en el campo cuando no hay alcantarillado, para que la familia “haga sus necesidades”. Parecen unas casas pequeñas, de ahí el nombre de “casitas”. Me arropo lo que más puedo. Solo me saco los zapatos, me acuesto ensillado, con la misma ropa que ando, y me duermo, total con la luz del día las cosas se aclaran más.

Mi curiosidad de niño me lleva a preguntarme por lo que le pasó a mi tío Juan y es muy grave, es como una sentencia irreversible: ¡está destinado a morir!

Con mis amigos nos armamos de valor y fuimos a investigar. Pasamos por un cerco de alambres de púas que tiene dos estacas, una a cada lado. Es como un paso para que la gente no corte los alambres y pueda acortar camino. Es un atajo para llegar a un campo cercano además para los que van a sus casas, después de hacer algunas compras en el pueblo y también para los que trabajan en ese campo. Es todo muy tranquilo y muy bonito: hay muchos pájaros, pinos, eucaliptos y otros árboles que no conozco adornan el paisaje. Pasamos por un canal y vemos el bosque de ciprés. No se ve nada anormal, pero me imagino que en la noche y con lluvia debe ser muy distinto. A lo lejos se ve un claro y luego otro grupo de árboles.

De pronto, a lo lejos, vemos algo colgando de un gancho...

—¡¡¡Dios mío, es el ahorcado!!! Solo pudimos decir eso y salimos disparados arrancando como alma que se lleva el diablo. Un pedazo de mi pantalón quedó en los alambres de púas y seguimos corriendo. Llegué a mi casa gritando:

—¡¡¡Mamita, mamita!!! Me voy a morir junto con mi tío. Se me apareció el ahorcado del bosque de ciprés...

—¡¡¡Luchín!!! ¡¡¡Y qué hacías allá!!! —se molestó mi madre.

Le iba a contestar cuando apareció mi padre...

—¡¡¡Niño, por Dios, no me escuchas que te vengo gritando desde el bosque!!!...

—¡¡¡Yo lo vi!!! —y me aferré a sus piernas sollozando— ¡¡¡Me voy a morir papito!!!

—¡¡¡Qué estás diciendo, cabro lesó!!! —me gritó mi padre.

—Fuimos a investigar con los chiquillos lo que le pasó a mi tío anoche y vimos al ahorcado.

—Cabro tonto —me dijo mi padre —Si nosotros te vimos. Fui a buscar mi chaqueta que ayer, cuando andaba buscando leña, se me quedó colgada y como se puso a llover, se me olvidó ir a buscarla y fue la misma que vio tu tío anoche creyendo haber visto al finao. Eso le pasa al Juan por salir “cargado al litro”. Y a vos te pasa por andar escuchando detrás de la puerta —dijo mi padre. —Ya— Juan agregó—. Anda a buscar un botellón para pasar el susto. Esta vez te salvaste. La próxima te va a llevar el ahorcado. Si eso no es mentira: el finao existe al que se le aparece, se muere.

Y nos tuvimos que entrar porque empezó a llover de nuevo.





## PREMIOS NACIONALES

## LOS VIAJES DE MI ABUELITA: COMERCIO ENTRE POBLADOS INDÍGENAS

**Melanie Patricia Cáceres Pachao (11 años)**

Estudiante

Pica, Región de Tarapacá

*Premio especial Pueblos Originarios**Primer lugar regional*

**M**i abuelita es originaria del pueblito de Cosca, pueblito chileno de la región de Antofagasta, en la frontera con Bolivia y perteneciente a la etnia quechua. Yo vivo en el pueblo de Pica al interior de la región de Tarapacá.

Cierto día mi abuelita me contó que ella desde pequeña ya visitaba Pica ya que sus padres una o dos veces al año realizaban un largo viaje desde sus tierras de Cosca hacia los pueblos del interior de Tarapacá, a los poblados de Pica, Matilla y Huatacondo para comercializar sus productos.

Mis bisabuelos vivían de la agricultura y la ganadería, por lo que era común viajar por la venta de sus productos: charqui de llamo, cueros, lana, harinas y *quinua*<sup>1</sup> o hacer *trueque*<sup>2</sup>

por productos de otros lugares: limones, narajas fruta y verduras. En ciertas fechas se juntaban las familias para realizar la venta de la cosecha de sus productos y el trueque de los mismos. El viaje era largo. Demoraban cuatro días en llegar hasta Pica haciendo varias paradas en el camino.

Mi abuelita decía que ella se cansaba mucho porque casi todo el tiempo le tocaba ir caminando, ya que los burros y llaños estaban cargados con grandes canastos en los que trasladaban los productos, además que desde siempre sus papás utilizaban el Camino del Inca para llevar sus animales ya que era el camino más corto para viajar pero ella lo seguía encontrando largo, de todos modos se entretenía con su honda tirándoles piedras a los lagartos y pájaros.

1 Quinua: Cereal de origen andino (nota del editor).

2 Trueque: Sistema de comercio basado en el intercambio de especies (nota del editor).



Durante el viaje, cada vez que anochecía, amarraban sus animales y hacían una gran fogata para estar calentitos. Comían mucho *charqui*<sup>3</sup>, pancito y té con *rica-rica*<sup>4</sup>. Hacía mucho frío en las noches.

A la mañana siguiente, apenas salía el sol, tomaban tecito y continuaba el viaje. El agua de los pastizales estaba congelada y se veían los trozos de hielo como vidrios flotando y todo estaba escarchado. En cada pueblito en que se detenían, se hacían cambios. A veces se cambiaba lana por semillas o papas por charqui.

También me cuenta que en cada lugar todos se conocían y ella era amiga de los niños de esos lugares, aprovechando para jugar un ratito mientras esperaban.

En los pueblitos a los que llegaban, había corrales hechos con piedras para dejar los animales guardados y pasar la noche más tranquilos para que no se escaparan y se confundieran con los de otros dueños. Pero lo que más le gustaba era el regreso del viaje, porque los cestos venían vacíos y ella se iba dentro de uno, sentadita mirando todo el paisaje.

Mi abuelita dice que le gustaba mucho viajar, porque se conocían lugares nuevos y que en el camino se encontraban con muchos animales del altiplano: flamencos, guanacos, patitos, vicuñas y zorros, además que ella tenía una vizcacha de mascota y también tuvo un quirquincho con sus bebés que eran animales muy dóciles e inteligentes.

¡¡¡Yo quiero tener una vizcachita!!!

Me dice que son iguales a los conejos pero más lindos y hacen caso cuando se les llama y hacen un ruido como un silbido cuando sale el sol en las mañanas.

Gracias a mi abuelita conozco muchos lugares hermosos del altiplano, distintos animales y la cultura de mis antepasados. Mi abuelita ya no está conmigo, pero todos los años viajamos a verla a su tierra y aprovechamos de visitar a todos nuestros parientes lejanos y pasamos las fiestas religiosas con ellos. Soy muy feliz de ser chilena y descendiente de quechua-atacameña.

3 Charqui: Palabra de origen quechua que designa la carne seca (nota del editor).

4 Rica-rica: Planta andina (nota del editor).



REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

## EL PORDIOSERO DE SIBITAYA

**Pablo Antonio Yante Chambe (11 años)**

Estudiante

Camarones

*Primer lugar regional*

**H**abía una vez, hace muchísimos años, un joven llamado Aníbal que llegó al valle de Sibitaya. Vio que en la quebrada había tierras vírgenes y agua de vertiente así que comenzó a trabajar. Limpió, regó y sembró hortalizas, papas, choclos, habas y todo tipo de verduras que se daban en el lugar porque son buenas las aguas. Al cabo de unos años, fue habilitando más terrenos y decidió plantar árboles frutales como limoneros, tunas, guayabas, duraznos, ciruelas y vides. Así siguió prosperando y trabajando el terreno que estaba desocupado. Después se buscó una compañera, se casó y formó una familia.

Los árboles frutales empezaron a dar sus primeros frutos y de ahí empezó a ocupar obreros agrícolas ya que era mucho trabajo para él solo. Siguió trabajando, habilitando más terreno y sacando agua que afloraba de vertientes a medio cerro y del río producto de las lluvias estivales. Al final trabajó todo el valle de Sibitaya o sea 35 hectáreas de árboles frutales y sembradíos. También crio animales

de corral, ovino, porcinos y demás animales de carga: mulares y burros para transportar la producción de frutas y hortalizas. Fue tanto el progreso de este hombre que ganaba harto dinero con la producción de frutas.

De repente, su carácter cambió y se puso un poco tirano con los obreros o sea que no los trataba bien. Entonces empezó a realizar fiestas paganas ya que él mismo elaboraba el vino Pintatani de sus viñedos para acompañar en estas fiestas y para beber e invitar a otros dueños de parcelas de pueblos cercanos. Siguió maltratando a los peones y sirvientas y se volvió orgulloso ya que tenía de todo: poder y dinero. Trataba mal a la gente pobre y siguió con sus fiestas.

Cierto día, cuando realizaba una de sus fiestas paganas, llegó al lugar un anciano con aspecto de mendigo con su carita sucia y solicitó un vasito de agua a don Aníbal, pero no le gustó el aspecto que tenía el caballero así que lo trató mal y lo echó del lugar sin darle agua. El anciano

se marchó pero una de las sirvientas llamó al anciano a escondidas hacia la dependencia de la cocina, le dio agua, le limpió su carita, le dio un plato de comida y le dijo que descansara en un rincón de la cocina. A todo esto se hizo de noche y el anciano le dijo a la sirvienta:

—Hija, yo mañana me iré muy temprano. Toma desayuno y atiende a tus patronos. Después carga a tu guagua y te vas del pueblo sin mirar hacia atrás, escuches lo que escuches.

Al otro día ya no estaba el anciano y ella sacó su pañuelito con el que había limpiado al anciano y era todo de oro. La sirvienta se sorprendió y lo guardó. Luego hizo sus labores cotidianas en

la mañana, se alistó para el viaje y después se marchó con la guagua rumbo al sur tomando la cuesta, pero al estar en la mitad del camino, sintió un ruido muy fuerte. Siguió caminando pero el ruido seguía, por lo que ella no contuvo más su curiosidad. Miró hacia atrás y vio cómo se enterraba el pueblo. Solamente en ese lugar se desprendían grandes piedras enterrando el pueblo entero y ella por desobedecer al anciano que era un ángel enviado por Dios, quedó convertida en piedra junto a su bebé hasta el día de hoy.

A veces se nota la figura de una mujer con su guagua en brazos en el cerro donde hay una roca, pero la figura hay que mirarla detenidamente.



## REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

## WARA Y SU VIDA EN EL PUEBLO

Sandra Pamela Pinto Muños (13 años)

Estudiante

Arica

*Segundo lugar regional*

Hace muchos años atrás, una niña llamada Wara de solo de 12 años vivía con su familia. Su madre se llamaba Waylla, su padre Apumayta y su abuelo, Amaru. Vivían en la región de los Andes en un pueblo retirado de la ciudad. Su abuelo Amaru le tenía mucho cariño a Wara ya que era su única nieta. La niña ayudaba a veces a su familia en la cosecha de verduras y frutas del campo. Su labor era darles comida a los animales ya que le gustaba ayudar a sus padres porque trabajaban duramente todo el día.

Cada vez que iba donde su abuelo, a Wara le gustaba escuchar las cosas que le contaba sobre su vida, antes de que ella naciera. Le contaba que siempre iba a jugar en el campo, que le encantaba la rica comida que le hacía su madre sobre todo una llamada *Potje de Olluko*<sup>1</sup>. Le contaba que siempre iba a las montañas y subía sin miedo solo para ver al *Mallku*, el espíritu de

las montañas que circulaba en el pueblo. “Quise ver si estaba ahí, ja ja ja”, le dijo el abuelo. También le gustaba contemplar cómo se veía el campo desde arriba y el aire que circulaba. “Mi madre, Wara, siempre me retaba porque cada vez que subía a la montaña, me podía caer y lastimarme, pero eso nunca pasó, Wara, porque yo era inteligente y sabía dónde ponía mis pies antes de subir”.

La niña nunca se distraía y le prestaba mucha atención al abuelo cuando le contaba su historia aunque siempre se cansaba de hablar porque no tenía tanta fuerza y energía y necesitaba descansar. Pero Wara sentía cariño por él, se preocupaba por su salud y quería que estuviera bien. Lo ayudaba para que se acostara y que durmiera un poco. Lo tapaba cuidadosamente para que no tuviera frío en sus pies y en su cuerpo.

1 Potje de olluko: Guiso de origen aymara que contiene una especie de tubérculo andino, papas, manteca, ají seco y queso fresco (nota del editor).



Wara salía de su casa para respirar y relajarse. Su casa estaba hecha de adobe y tenía el techo de madera. Sentada en el suelo, mirando hacia el horizonte, vio un lugar y quiso ir a ver qué era y entonces fue y vio que era una escuela y quiso ver qué había adentro. Viendo desde una ventana, vio a niños jugando, dibujando, leyendo, escribiendo y estudiando. Wara, sorprendida, se dijo: “¡Oh, qué hermoso es este lugar! Yo nunca supe que había una escuela en la ciudad pero me quedaba lejos, mmm. Me gustaría estar allí para estudiar y aprender más cosas de la vida”.

Entonces Wara se fue de la escuela y volvió caminando a su casa porque su madre estaría preocupada ya que no podía alejarse tanto del pueblo. Cansada de caminar, llegó a casa. Fue a ver a sus animales. Tenía llamas, ovejas, vacas y alpacas. Fue al lugar donde descansaban para hacerles cariño y para que su mamá no se pusiera nerviosa. Su madre la vio llegar a la casa pero no le dijo nada en ese momento. Luego la llamó para almorzar. Wara decidió aprovechar que la familia estaba sentada en la mesa disfrutando de la comida, para hablar de la experiencia que había vivido, de la escuela que había visto, entonces dijo:

—Mamá, papá, abuelo: quiero decirles que yo vi algo afuera y quise ir para ver porque tenía un poco de curiosidad y vi una escuela y me gustaría estar ahí. Hay niños de distinta edad que hacen cosas creativas, como por ejemplo, estudian para tener una profesión en el futuro.

Su padre la miró a la cara y le dijo:

—Ah, por eso que no te vimos, hija. Pensamos que estabas donde tu abuelo, pero qué bien. Se nota que te gustó mucho, hija, claro que puedes ir. Y ¿dónde queda?

Wara contenta le dijo:

—En la ciudad.

Su madre puso una cara y dijo:

—Mmm, ya, Wara pero tendré que ir contigo.

Wara respondió:

—No importa, mamá.

Su familia orgullosa vio que Wara era una niña inteligente que quería tener profesión y hacer algo en su futuro.

Se hizo de noche y Wara se fue a dormir esperando hasta el otro día para ir a la escuela y poder inscribirse. Al amanecer, Wara y su mamá fueron a la ciudad donde estaba la escuela. La recibieron y quedó en el curso sexto A.

Desde el primer día, Wara entró a la sala de clases. Se presentó ante el curso y aprendió de las células de los seres vivos, su función y estructuras, multiplicación de potencias, comprendió textos aplicando estrategias de la lectura y se hizo amiga de dos compañeras llamadas Ámbar y Anastasia. Cada vez que iba a la escuela, aprendía más cosas porque para ella no era difícil. Se daba tiempo en su casa para estudiar y escuchar las increíbles historias de su abuelo Amaru y sus aventuras.



Una de las historias que más le encantaba a Wara era que en el pueblo, su abuelo Amaru había visto criaturas mágicas como un duende, un hada y un elfo. Le dijo que era imposible ver a las criaturas porque no se dejaban mostrar y sin embargo, él tuvo la oportunidad de ver un duende. Le dijo que cuando lo vio, no se escondió sino que se quedó parado ante él, sonriendo. Desde ese momento vio otras criaturas y se asombraba de ver a cada una de ellas. Siempre iba al lugar donde vivían, conversaban y jugaban con él.

Cuando Wara llegó a su casa después de haber ido al colegio, le preguntó a su abuelo si todavía seguía viendo a las criaturas mágicas pero el abuelo le dijo no porque se habían ido, según él porque ya no las veía. Wara se puso muy triste pero igual le encantaba saber cómo se sintió su abuelo al ver a las criaturas.

A medida que pasaban los años, Wara ya no era una niña, pero sí siempre era tierna. Había salido de la escuela. Tenía 18 años y se estaba preparando para ser doctora. Le encantaba porque le gustaba ayudar a las personas y preguntarles cómo estaba su salud. Daba consejos útiles para la vida. Su amistad entre Ámbar y Anastasia era única. Comenzó a nacer desde el día en que fue Wara a la escuela. Tenían en la mayoría, los mismos gustos. Wara nunca se imaginó que había compañeras que tuvieran las mismas opiniones y eso le encantó. Las tres decidieron ser doctoras para estar juntas y no separarse y que siguiera la amistad.

Dos años después, Wara sacó su título de profesión doctora junto con sus amigas. Trabajaron en el hospital y se ayudaron pero Wara no solamente trabajó en el hospital sino que también ayudaba a su familia y a la gente que estaba en el pueblo.

Su abuelo había fallecido un poco antes que cumpliera los 15 años. Lo había acompañado al lugar donde estaban sus amigos del pueblo —las criaturas mágicas— a ver si estaban ahí para verlas por última vez y vio un duende que estaba corriendo porque tenía miedo. El abuelo de Wara se estaba acercando mucho a él. Luego le dijo:

—Oye, no corras, soy Amaru, tu amigo ¿No te acuerdas? Hace tiempo que no te he visto porque nunca te encontré ni a ti ni a tus amigos. No sé qué paso contigo. Me olvidaste y yo no.

El duende le respondió:

—Yo no te olvidé. Tuve que irme del lugar porque no encontraba a mi amigo. Había desaparecido y lo estuve buscando porque siempre estaba a mi lado. Era como un hermano para mí. Al final lo encontré. Estaba en la ciudad en una casa muy grande. Dijo que había visto una cosa brillante. Era una luz morada que nunca había visto. Fui pero no era muy sorprendente. Pensó que era algo o alguien igual que él, pero era diferente, solo que era solo una luz. Quiso salir de ahí pero no podía porque no encontraba una salida. Después, Amaru, fui yo y lo saqué. Había un vidrio. Estaba cerrado y tuve que romperlo y eso fue. Perdón, lo siento.



Amaru, el abuelo de Wara le respondió:

—Pero ¿y los otros?

El duende le dijo:

—Debe ser que se escondieron de algo, pero, eso sí, no de ti.

Amaru un poco confundido y feliz respondió:

—Bueno, pero qué bueno que te encontré. Estoy muy viejito pero no importa. Vine a visitarte.

Wara y su abuelo estaban sentados conversando con las criaturas mágicas. Se reían y se divertían. Estuvieron ahí horas. Después se despidieron y se dieron un abrazo muy fuerte. El abuelo de Wara junto con las otras criaturas y el duende lloraron al abrazarse.

A la mañana siguiente, Wara fue donde su abuelo a despertarlo para ir otra vez al lugar donde estaban las criaturas pero no despertaba. La niña pensó que se estaba haciendo el dormido pero no. Pensó que era mentira. No quiso llorar porque no servía de nada. Solo lo abrazó y estuvo con él durante una hora a su lado. Después les dijo a sus papás pero la

mamá de Wara lloraba sin parar. La niña fue a consolarla y le dijo que la vida es así. Todo tiene un fin y nada puede detenerlo.

Wara quiso enterrar a su abuelo en el lugar donde estaban las criaturas para que así estuviera junto a sus amigos y siempre iba al pueblo a visitar el lugar donde estaba enterrado.

Ese día salió antes de su trabajo porque casi no tenía tiempo de visitar a su abuelo. Tenía muchas personas atendiendo así que fue difícil para ella salir del trabajo. Al llegar, estaban los amigos del abuelo de Wara. Se sonrieron y abrazaron a Wara. Ella no tuvo tiempo de hablarles pero le juró al duende ir al lugar de vez en cuando.

Wara estaba casada. Tenía una linda familia con dos hijos a quienes amaba mucho. Pensó en sus padres a quienes tenía que cuidar muy bien para que no les pasara nada pero siempre sabía que aunque no estuviera con sus amigos, siempre estarían a su lado protegiendo a su familia desde arriba pero ahora lo que le importaba era que sus padres tuvieran los mejores días de su vida.



## REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

## UN REGALO PARA TI

**Bárbara Alejandra Santelices Ortiz (11 años)**

Estudiante

Arica

*Tercer lugar regional*

**Y**o soy Taxue. Así me apoda mi familia al ser la más pequeña de la casa. Vivía en la hermosa ciudad de Arica cerca del mar. Mi mamá me invitaba en las tardes a pasear a la playa porque sabía que era mi paseo favorito. Cuando llegábamos a la playa aún estaba la arena caliente gracias al sol. A los minutos empezaba a esconderse y su tamaño aumentaba cada vez más. Yo no dejaba de mirar hasta que desaparecía ahí donde termina el mar que mi mamá me explicaba que era el horizonte. Es un panorama que todos debiéramos apreciar. Hay mucho silencio, mucha paz y mis ojos querían verlo todo. No me cansaba de contemplar cada segundo de ese instante. Mi mamá me repetía que todo este paisaje era gratis. Solo había que disfrutarlo y todas sus palabras quedaron grabadas en mi mente. Es algo que no se olvida.

Ahora les cuento que ya no vivo en la ciudad cerca del mar. Ahora con mi familia vivimos en el hermoso valle de Azapa que en aymara se dice Jasapa que significa “tierra blanda y

suave”. Mis paseos a la playa cambiaron por conocer y aprender de este hermoso oasis donde se cultivan aceitunas, mangos, plátanos, papas, tomates, choclos y paltas. Hay cerros con figuras que se llaman geoglifos<sup>1</sup>. También existe un cerro sagrado y un museo donde hay momias que se han conservado muy bien por muchos años.

En este valle también está mi escuela que se llama Chitita de Sobraya. No puedo dejar de contarles que al principio no me gustaba la idea de cambiarme de colegio porque estaba acostumbrada en la otra escuela muy linda. Todo era de cemento y pisos brillosos. La tierra era enemiga de ese lugar. No sé por qué los adultos se enojaban tanto cuando barrían los pisos de mi antigua escuela.

Mi sala preciosa tenía muebles nuevos, pizarrón interactivo, data y computadores. Lo que no me gustaba era que mis compañeros gritaban en clases. A veces más que la profesora. Ella

1 Geoglifos: Figuras de piedra en las laderas de las montañas desérticas del norte de Chile (nota del editor).

siempre estaba triste porque decía que los alumnos se portaban mal. Mis compañeros peleaban mucho, se daban golpes, se burlaban del más tímido, del más gordito, del más flaquito, del más pequeño o del más alto. Siempre era lo mismo: muchas risas y burlas hacia los más débiles y hasta palabras feas les decían pero yo estaba acostumbrada a ese ambiente ya que mi mamá siempre me ha enseñado a ser agradecida de lo que la vida nos da.

Al pasar los días, no podía evitar estar triste del alma porque sabía que al cambiarme de casa debía cambiar también de colegio, pero mi *jach'a tata*<sup>2</sup> me contaba que en esta nueva escuela la mayoría de los niños eran extranjeros y que su cultura era muy entretenida y que me iba a gustar mucho.

Mi *jach'a tata* tenía razón. El primer día de clases, después de haber recorrido más de 20 kilómetros en el auto con mi *jach'a tata*, llegué por fin a la nueva escuela. No puedo negar que al cruzar esa reja metálica, sentí mucho temor y angustia. Caminaba contando cada paso. Recuerdo que mis piernas temblaban y cuando entré a mi sala, me di cuenta que eran todos muy parecidos en sus rasgos. Su hermosa piel y sus cabellos de color negro brillaban mucho con los rayos del sol.

Mis compañeros y compañeras son, en su gran mayoría, bolivianos y peruanos. Tienen un acento tan particular muy diferente del mío.

Ellos me recibieron muy bien. Estoy feliz. Les tengo mucho cariño. Puedo nombrar algunos de ellos para no nombrar a todo el curso: Dayris, Tola, Chambi, Priscila Zambrana, Abraham Chambilla, Daniela Mamani, Karen Churqui, Amaya Vicente y Anabel Vargas. Somos muy unidos. No hay diferencias de razas, ni colores, ni nacionalidad. Acá comprendí el verdadero significado de hermandad y de inclusión, ese concepto tan mencionado por mi profesora del otro colegio que hasta pruebas me hacían relacionadas con ese tema.

Acá somos niños felices que disfrutamos lo que tenemos y que vivimos en la misma tierra y que juntos podemos ver día a día cómo de un cuesco de una palta nace una plantita y de ahí un árbol que da sus frutos.

En las noticias me di cuenta de la importancia y del valor del trabajo realizado por los padres de mis compañeras y compañeros ya que estos productos que ellos cosechan en esta tierra llegan al sur de nuestro país. Son muy famosos los productos del valle de Azapa y yo soy compañera de los hijos e hijas de estos grandes trabajadores de la tierra.

La mayoría de mis compañeros realizan un gran sacrificio para llegar a la escuela, a veces hasta cruzando puentes, ríos y caminando sobre tierra blanda y suave. Aunque la escuela tiene buses, estos los dejan en la carretera y mis compañeros valerosos y esforzados cruzan

2 *Jach'a tata*: Abuelo (nota del autor).



grandes distancias para regresar nuevamente a sus hogares. Tanto amor hacia la educación no había visto nunca algo igual. Seguramente porque ellos fueron criados cuando *wawanakas*<sup>3</sup> junto a sus madres, cargados en sus espaldas, mientras trabajaban la tierra con ese hermoso manto de colores llamado awayu.

Me gusta mi linda escuela con sus grandes espacios de tierra, grandes árboles frutales, un aire puro y un gran silencio cuando nuestro *yatichiri*<sup>4</sup> está dando las clases. ¡Qué respeto tan emblemático! ¡Todos con ganas de aprender! Mi salita es de modesta construcción ya que aún tiene sus muros que son de adobe y mesas desgastadas por el uso. Nuestro pizarrón no puede ser borrado de manera fácil. Es muy chistoso ver al *yatichiri* borrar lo que ha escrito porque se nota que utiliza mucha fuerza en ello.

En las clases de educación física, nuestro *yatichiri* nos hace subir un cerro. Es muy entretenido sentir que las zapatillas se llenan de una tierra suave y fina. Todos participamos con mucho entusiasmo. Nosotros creemos que este cerro es nuestro ya que está ubicado en el patio de nuestra escuela y yo, con orgullo, pienso: “qué suerte que tengo de estar acá porque no cualquier alumno tiene un cerro en su escuela”.

Las leyendas que me cuentan mi *jach'atata* y mi *jach'amama*<sup>5</sup> son muy entretenidas y quisiera que nunca dejaran de contármelas ya que mi imaginación vuela junto con sus voces melodiosas.

Quiero contarles que para mí es fácil aprender y entender el idioma inglés y me costaba mucho la lengua *aymara* que en mi actual colegio es una materia fundamental. Mis compañeros me han ayudado para que pueda aprender y comprender esta hermosa lengua aymara. Ellos me hablan en su lengua durante los recreos y todo ha sido más fácil.

Quisiera que este cuento sirva para que los adultos no se hagan tanto problema y que aprendan a disfrutar las cosas simples y maravillosas que están a nuestro alrededor y que piensen que todos somos iguales porque todos nacemos, vivimos, respiramos y morimos en esta misma tierra.

Y como un regalo para ti, termina mi cuento. *Jallalla*<sup>6</sup>.

3 Wawanaku: Niño pequeño (nota del autor).

4 Yatichiri: Profesor (nota del autor).

5 Jach'amama: Abuela (nota del autor).

6 Jallalla: Palabra quechua y aymara para expresar deseo, festejo y esperanza (nota del autor).



## REGIÓN DE TARAPACÁ

## EL DESPACHO

**Mariane Mamani García (13 años)**

Estudiante

Pozo Almonte

*Segundo lugar regional*

**E**l despacho es una de las tradiciones más hermosas de mi familia. Se realiza cuando alguien muere, entonces hay que esperar que pase una semana para poder empezar la tradición. Yo sabía cómo era, pero solo porque me lo contaron los ancianos, hasta que un día, me tocó vivirlo.

Esta vez tuve que ir al despacho de mi bisabuela. Para poder empezar esta tradición, hay que armar una mesita donde tiene que haber una foto de la persona y cositas para comer en preferencia lo que le gustaba comer a ella. Luego hay que estar toda la noche ahí. Podemos jugar o comer las cosas que están allí acompañando a la persona fallecida. Al día siguiente después del desayuno, hay que poner un llamito en el suelo. Luego, alguien que no sea de la familia tiene que vestirse con la ropa de la persona fallecida y tiene que empezar la ceremonia, sacando de la *chuspa*<sup>1</sup>, hojas de coca para echarlas encima del llamito y tiene que pedirle algo a la persona fallecida. Luego a cada uno le toca pedirle algo o despedirse de ella. Al rato tienen que sacrificar al llamito.

Al momento del sacrificio, le pregunté a mi abuela por qué tenían que sacrificarlo y ella me dijo que el llamito ayudaría a mi bisabuela

a encontrar el camino correcto. Luego hay que esperar que se esté ocultando el sol para que la persona que se vistió de mi bisabuela se despida de todos para poder ir a quemar sus pertenencias. En ese momento, ninguno de los familiares puede salir de la casa porque mi bisabuela se los puede llevar con ella.

Cuando los otros queman las cosas, el fallecido, en este caso mi bisabuela, se aparece en el humo recogiendo sus cosas para llevárselas.

Mi bisabuela se fue feliz porque al fin se volvería a juntar con mi abuelito Pancho. Luego que las personas llegan a la casa, nos hacen dar una vuelta entera a la casa y al entrar hay que lavarse la cara y secársela con un saco. Luego una persona te pregunta si quisimos, cuidamos y ayudamos a mi bisabuela, antes que se muriera y si uno miente, la persona se dará cuenta y hay un momento en el que tiene que golpearnos en el trasero y si mientes, el golpe será más fuerte. Luego ellos nos contaron todo lo que dijo o hizo mi bisabuela, y así termina la tradición.

Sólo espero poder ser como ella: una persona llena de valores y siempre tener una sonrisa en el rostro. Ahora tengo otro angelito que me cuida desde el cielo.

1 Chuspa: Bolsa pequeña de lana o cuero que se emplea en el norte (nota del editor).







REGIÓN DE TARAPACÁ

## EL CÓNDOR Y EL ÑANDÚ

Edilson Antonio Castro Condori (13 años)

Estudiante

Huara

*Tercer lugar regional*

**H**ace muchísimos años, mucho más de lo que te imaginas, tanto el cóndor como el suri, que es el nombre que le dan al ñandú allá por el norte, sabían volar.

¡Así es!

Y volaban muy bien a pesar de su gran tamaño, surcando el cielo desde el cual contemplaban bosques, campos, montañas y a veces hasta el lejano mar. Un día, mientras dejaban que las brisas cordilleranas los impulsaran por entre las nubes, vieron desde lo alto, una cría de llamo recién nacida que había muerto y por ello había sido abandonada por su madre.

Volaron hacia donde se encontraba y entre los dos se la comieron como buenos amigos que eran. Cuando terminaron de comer, el cóndor miró hacia el suelo y le dijo así a la diosa Tierra que lo había ayudado:

—¡Gracias, Pachamama, porque hoy me has dado de comer! Te estoy agradecido. Me siento satisfecho.

Entonces miró a su amigo el ñandú, esperando que hiciera lo mismo, pero el ñandú no quiso agradecer. No le importó dar las gracias. Se hizo el leso y mirando para cualquier parte, se dedicó a mordisquear una espiga.

El cóndor voló. No era asunto suyo si su amigo daba o no las gracias a la Pachamama. Sin embargo, el ñandú de puro terco que era, dijo obstinado:

—Lo que es yo, no agradezco nada. ¿Pa' qué si fui yo el que descubrió al llamito? Eso quiere decir que era para mí. Por eso me lo comí.

Y así se quedó. No quiso reconocer la ayuda de la diosa Madre Tierra.

Entonces agitó las alas para irse volando pero sucedió que cuando trató de hacerlo, no lo logró. Solo pudo correr... Lo intentó varias veces, pero lo que era volar... lo que era volar... ¡nada!

Así es que subió el cerro corriendo, mientras parloteaba:

—¡Desde acá voy a poder elevarme y volaré como siempre lo he hecho!

Llegó a lo alto del cerro y partió a correr para tomar vuelo suficiente para remontar, pero lo único que logró fue un trastazo. ¡Casi se quebró las patas!

Llamó al cóndor para que le ayudara:

—¡Eh, compadre! —le gritó—. ¡Ven y dame un empujoncito para que pueda salir volando!

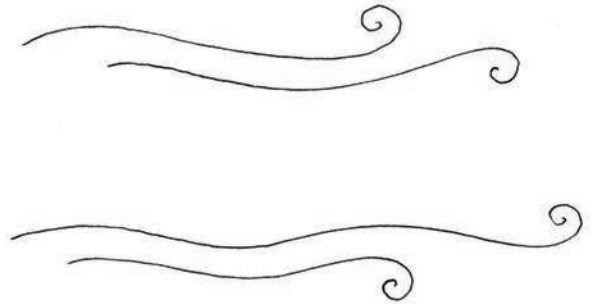
El cóndor, buen amigo que era, le dio un empellón, pero lo único que logró el suri fue que casi se quebró el pico con el porrazo...

Definitivamente no pudo volar.

Y ya ni siquiera trata de hacerlo.

Hoy, el ñandú no vuela sino que corre dando vueltas en una extraña danza, como si tratara de elevarse, pero ¡nada!

No ha logrado volar desde aquella vez en que la Pachamama lo castigó debido a que no supo agradecerle por la cría de llamo que había merendado.



QUIERO VOLAAAAR...



## REGIÓN DE COQUIMBO

## LAS PELAS DE DURAZNO

**Valentina Ignacia Tordecilla Bugueño (11 años)**

Estudiante

Salamanca

*Primer lugar regional*

**M**i abuelito me contó que por allá en otros tiempos pasados, las familias y vecinos compartían y se ayudaban mucho más que hoy en día.

Me contó mi abuelito que en Huanque, por ejemplo, había un gran predio agrícola y la temporada de durazno era una fiesta porque en el día se recogían los duraznos y en la noche los pelaban. Por este trabajo no se recibía paga alguna, dice mi abuelito. Junto con eso hacían otras actividades como ver quién cortaba la pelusa más larga, quién sacaba con el cuchillo la cáscara más delgada, quién le quitaba con la punta del cuchillo los gusanillos que estaban en el durazno, quién era más cuidadoso de no cortarse con el cuchillo, quién era más limpio para pelar el durazno, sin dejar las pelusas por cualquier lado o quién pelaba más duraznos. Además se contaban chistes e historias fantásticas de aparecidos, entierros de tesoros, encuentros de cargas de plata, y otros cuentos no tan fantásticos, solo casos que les habían ocurrido a ciertas personas. También había premios como hacer dos montones, pilas

o rumas de duraznos: una para que la pelaran los adultos y otra para que la pelaran los niños, como un tipo de competencia.

En la pila, montón o ruma de duraznos de los adultos, había escondida una damajuana o chuica de vidrio protegida con canastillo de mimbre, llena de vino. El caballero, señora o vecino que encontraba la chuica o damajuana se lo ganaba, lo llevaba a su casa y se quedaba hasta que se terminara la pela de duraznos.

El grupo de adultos lo componían gente de la casa y vecinos voluntarios que venían a ayudar en la pela. En la de los niños que solamente participaban los de la casa, había escondido un paquete de galletillas y otro de pastillas o dulces en forma de gajos de naranja o limón. También había pastillas o dulces de miel y anís que en los despachos, negocios o mercados, vendían a granel así como un octavo, un cuarto, un medio, un kilo o simplemente por chauchas y más tarde por pesos, según el bolsillo y la necesidad del comprador.



Cuando algún niño ganaba o encontraba solo los dulces o solo las galletas, se iba a acostar con el premio y si encontraba las dos cosas a la vez, tenía que repartir o compartir con los demás niños. Todos se iban a acostar de inmediato, claro está que la pila, montón o ruma de duraznos de los niños era más pequeña que la de los adultos, así los niños se retiraban a dormir más temprano o antes que los adultos.

En una ocasión hubo lluvia y todos los árboles de duraznos se pudrieron. El patrón del fundo llamado Enrique, no sabía qué hacer. Cerca de su casa había un barranco y el patrón estaba listo para tirarse porque era mucha la desesperación. De pronto se le apareció un hombre al que no se le veía el rostro y vestía de terno. Este extraño hombre le dijo:

No te tires, Enrique, que yo puedo resolver tu problema. Te puedo dar dinero, lo que tú quieras pero a cambio, quiero tu alma.

Entonces hicieron un pacto que se llevaría a Enrique. Al otro día volvió el diablo y leyó el pacto: “Enrique, no te llevaré hoy pero te llevaré mañana”. Y así volvía todos los días pero se aburría y no volvió nunca más porque siempre leía lo mismo.

Los árboles de duraznos todos los años comenzaron a prosperar y daban tantos frutos que no paraban, pero con el tiempo y la tecnología, la fiesta de la pela del durazno fue desapareciendo poco a poco, pero aún queda el recuerdo de los trabajos y la gran amistad de esos tiempos.



## REGIÓN DE COQUIMBO

## EL MILAGRITO

**Joan Sebastián Solar Madrid (14 años)**

Estudiante

Monte Patria

*Segundo lugar regional*

**M**i abuelita me contó que su mamá le contaba una historia muy increíble. Cuando ella era pequeña, vivía en un pequeño pueblo llamado Mialqui. Cuando llegaba la noche, después de los quehaceres del campo, la abuelita Sandra se sentaba alrededor de un brasero a tomar mate. Entonces su hija Lucía se allegaba a ella para que le contara una historia.

Un día, mientras mi abuelita Lucía pelaba mote, me contó una de las historias que le contaba su abuelita. Me senté al lado de ella para escuchar este interesante relato:

Hace mucho tiempo atrás, había una familia vecina que viajaba todos los veranos a la cordillera a pastar sus animales. Salían muy temprano con sus mulas cargadas y su repuesto ganado. Tardaban siete días en llegar a su destino. Cuando se les hacía la noche, dormían en cualquier lugar.

Fue en uno de estos viajes rumbo a ese anhelado lugar, que se detuvieron una noche para descansar y tomarse su tradicional *tacho* de té. Armaron su carpa para abrigarse y cubrirse de la temida tormenta de nieve. En su carpa alrededor de una fogata, empezaron a contarse historias de terror hasta la madrugada.

Muy temprano esta familia se levantó para ver su ganado. Todo estaba cubierto de nieve. Los animales estaban inquietos. Un piño de cabras salió corriendo hacia la montaña, cuando de repente se sintió un fuerte temblor que hizo que hubiera una avalancha que cubrió a todos los animales que estaban en la montaña.

El padre y sus hijos corrieron a sacar los animales para salvarlos. Hicieron todo el esfuerzo para lograrlo, recatando la mayoría del ganado. Mientras tanto, la mujer que estaba embarazada se quedó sola en medio de las



cabras que se habían quedado en un cerco. La mujer comenzó a tener dolores de parto. Dicen que por la pura impresión se le apuró el parto. La mujer estaba sola. El esposo y sus hijos estaban lejos: la avalancha los había dejado aislados. Todos se habían olvidado de ella por el afán de rescatar a los animales.

La mujer como pudo, sin que nadie la ayudara, tuvo a su bello hijo. Pasaron las horas. La madre quedó muy débil porque había perdido mucha sangre. Las cabras se acercaron a ella para abrigo, pero ella no resistió el frío, muriendo al llegar la noche.

Después de varios días, el padre y sus hijos pudieron llegar a la carpa. Grande fue su sorpresa. ¡La mujer estaba muerta! Lloraron con desesperación. De repente, sintieron el llanto de un niño. Corrieron hacia donde estaban las cabras acurrucadas y en medio de ellas, estaba el niño calentito. Lo tomaron en sus brazos y lo abrigaron.

La familia se regresó al pueblo para nunca más volver a la cordillera. Dicen que el niño tenía un don especial: lo que le decía a la gente, eso le sucedía. Todos lo conocían como "El Milagrito".



## REGIÓN DE COQUIMBO

## ÑO CARNAVALÓN

Camila Rosenda Vergara Castro (12 años)

Estudiante  
Salamanca*Tercer lugar regional*

A continuación, les daré a conocer un cuento que me contó mi abuelo. Todo esto ocurrió en la región de Arica y Parinacota. Este cuento transcurre en la época previa al *Anata*<sup>1</sup>.

Estaba Juanito preparando sus maletas, puesto que iba a ver a su abuelo en Tapaka.

—¡Se viene el carnaval! —le decían alegremente sus hermanos y primos. Ya estaban planeando las distintas travesuras que harían. Para Juanito era especial porque era el primer carnaval en el que tocaría en la *tarkeada*<sup>2</sup> de su pueblo.

Al llegar a la casa de su abuelo en Tapaka, éste lo esperaba con una sorpresa, un regalo: era una *tarka*<sup>3</sup>. El abuelo le contó a Juanito que dicha *tarka* se la había regalado su abuelo y que a éste también se la había regalado su abuelo, pues era una tradición familiar siempre tocar en la *tarkeada* del pueblo. El abuelo le explicó

a Juanito que el día en que dejara de sonar la *tarka*, el pueblo desaparecería. Por eso, nunca tenía que dejar de tocar.

Juanito partió feliz hacia el pueblo junto a su *tarka*. Su abuelo viajaría el “martes de challa” para empezar a tocar con su nieto el “miércoles de ceniza”. Faltaba solo un día para la *tarkeada*. Su padre, muy triste, le contó que mientras su abuelo pastoreaba en Tapaka, hubo una avalancha. El abuelo había muerto enterrado en los campos nevados del altiplano. Juanito guardó su *tarka* puesto que toda la familia solo asistiría al pueblo a presenciar el carnaval. En señal de luto no bailarían ni tocarían la *tarka*.

Ya había pasado un año y esta vez Juanito sí tocaría en la *tarkeada* de su pueblo. Soplaría la *tarka* tan fuerte con el frío de su corazón que los vientos de sopro llegarían hasta el cielo para que su abuelo lo escuchara.

1 Anata: Carnaval andino (nota del autor).

2 Tarkeada: Carnaval con danzas autóctona en el norte de Chile con instrumentos andinos (nota del autor).

3 Tarka: Pequeña flauta vertical de madera que se utiliza en el norte para carnavales y fiestas (nota del autor).



Cuando Juanito llegó al pueblo el “lunes de entrada”, vio que la gente armaba con vivacidad un muñeco. Su interior se llenaba de ropa, telas y *plumavit*. Su madre le contó que al Ño Carnavalón algunos también le decían “Abuelo Carnavalón”. Y que para hacer el *phawa*<sup>4</sup> no tan solo se solicitaba el permiso de la *Pachamama* sino que también se pedía a los espíritus de nuestros antepasados, los *Achachilanaka*, que nos acompañaran, protegieran y guiaran durante el carnaval.

Una vez que el Ño Carnavalón estuvo armado, Juanito le habló muy templado y alegre:

—Aquí estoy, abuelo. Te vine a ver para cantar, jugar, bailar y tocar la tarka junto a ti. Acompáñame, pues esta tarka nunca dejará de sonar...

4 Phawa: Ceremonia andina de origen aymara para agradecer a la Pachamama (nota del autor).



REGIÓN DE VALPARAÍSO

## ONCE DE HISTORIAS

**Anyelo Miranda Plaza (13 años)**

Estudiante

Cabildo

*Primer lugar regional*

**E**n una casa de la localidad rural del sector Las Puertas, un abuelo se sienta en la mesa con su nieto a tomar once. Entre conversa y conversa, el nieto le pregunta a su Tata Pin, que así era como él lo llamaba:

—Tata Pin ¿por qué no me cuenta una de esas historias que usted ha vivido en sus años?

—Acomódate y escucha esta historia —responde el abuelo—. Luego toma un sorbo de té, respira profundo y comienza a contar su historia:

Cuando yo estaba casado con tu abuelita, mi ex esposa que en paz descanse, éramos una pareja feliz. Mis padres me mandaban a ensillar al Demonio, mi caballo, y a bajar los animales del cerro, incluyendo vacas y cabras. Después de eso volvía a mi casa y disfrutaba el resto del día con mi viejita Chabela... tu abuela.

Todos los días pasaba la misma rutina pero un día domingo 9 de septiembre del año 1973 me llegó la mejor noticia: ¡iba a ser papá! “Anyelo se llamaría mi hijo”, pensé. Ese era tu padre que todavía no nacía y ya le tenía un nombre.

El lunes 10 de septiembre del mismo año, desperté de sopetón. Tenía que ir a la reunión del Club Deportivo puesto que yo era el presidente así que no podía faltar. En esa reunión me entregaron una montonera de libros que eran de propaganda hacia el presidente Salvador Allende. Los tomé, me los puse bajo el brazo, me fui a casa y sobre el velador quedaron todos ellos. Por la tarde subí al cerro a buscar los animales y de regreso, me acosté inmediatamente ya que me sentía un poco cansado, pero era feliz de la vida.

El martes 11 de septiembre de 1973 era un nuevo día y la mañana lo pasé junto a tu abuela Chabela y con mi hijo que aún no veía la luz. Recuerdo que ese día yo cociné y preparé una buena olla de porotos que, según comentarios de todos, me había quedado muy buena. Fue una mañana feliz. Después de almorzar, me fui a sacar metales a una mina que no recuerdo su nombre y de ahí, como de costumbre, nuevamente subí el cerro a buscar los animales. Al venir bajando del cerro, un amigo me dice:

—¡Oiga, ño! Váyase pa’ la casa al tiro. Mire que hay Golpe de Estado y usted tiene a su señora sola.

Yo quedé asustado y perplejo. Bajé lo más rápido que pude en mi caballo y en menos de un minuto ya estaba donde la Chabela. Fui corriendo a buscar los libros que me habían pasado en la reunión y me dirigí para el fondo del sitio para hacer unos hoyos y enterrarlos. Ahí quedaron disimuladamente todos tapados con tierra y hojas de los árboles. Regresé a mi casa y saqué un bolso de un cajón. Agarré unas cuantas frazadas, una linterna y las puse dentro de ella.

En la comunidad, estaban preocupados por la situación que se vivía en esos momentos así que nos pusimos de acuerdo y nos fuimos a alojar a un cerro. Cuando llegamos allá acomodamos las cosas y nos hicimos un causeo para compartirlo y después nos acostamos.

En la noche, todo fue muy tenso. Estábamos asustados porque podíamos apreciar cómo a lo lejos, los militares entraban a las casas y buscaban por todas partes. Una vez que se fueron pudimos respirar más tranquilos. Nos habíamos salvado de esa. El resto de la noche fue tranquila pero igual no pudimos dormir.

Pasaron los días. Veníamos a casa por momentos cortos y regresábamos después al cerro y lo hicimos hasta que todo se calmó. Como era más relajado y ya no andaban militares merodeando en los alrededores, decidimos volver a nuestros hogares.

Recuerdo que en las radios sintonizábamos emisoras extranjeras para escuchar las noticias de lo que estaba pasando en el país. Así supimos que había un toque de queda hasta las ocho de la tarde y nadie podía andar por las calles en los pueblos.

Una tarde, estaba sentado en el sillón cuando llegó la Chabela diciendo que habían reunido a mucha gente en el Estadio Nacional y que las habían fusilado y que entre esa gente estaba mi primo. Yo me puse a llorar y estuve decaído harto tiempo y hubiese seguido así hasta no sé cuándo si no es porque una mañana, la Chabela amaneció con los dolores de parto y tuve que reaccionar. Fui corriendo a avisarle al Servando y la llevamos a Cabildo. Allí nació tu papá y me alegró el día y la vida. El Golpe se nos olvidó y vivimos cuidándolo junto a tu abuela.

Después nacieron tus dos tíos y tu tía madrina. Fueron cuatro en total los hijos que me dio tu abuela antes de que le diera la infección renal el año 1990 y como sabes, en el 2000 ella murió. Pero ahora estamos todos felices, recordándola y llevándola siempre en el corazón. ¿O no, nietito? Je, je, je.

—Sí, Tata Pin, muy felices —respondió el niño. Enseguida agregó—: Me encantó la historia y me gustó mucho escucharte y compartir contigo esta once y esta tarde. Ojalá se repita.

—Se repetirá, nietito, se repetirá —dijo el abuelo.





## REGIÓN DE VALPARAÍSO

## LA GALLINA QUE CRUZÓ LA CUESTECILLA

**Nicolás Antonio Muñoz Briones (12 años)**

Estudiante

Cabildo

*Segundo lugar regional*

Se dice que los habitantes en la localidad de la Vega antiguamente eran muy callados, pero tenían muchos secretos escondidos que no comentaban con nadie, como el cuento que me relató mi abuelo Benicio.

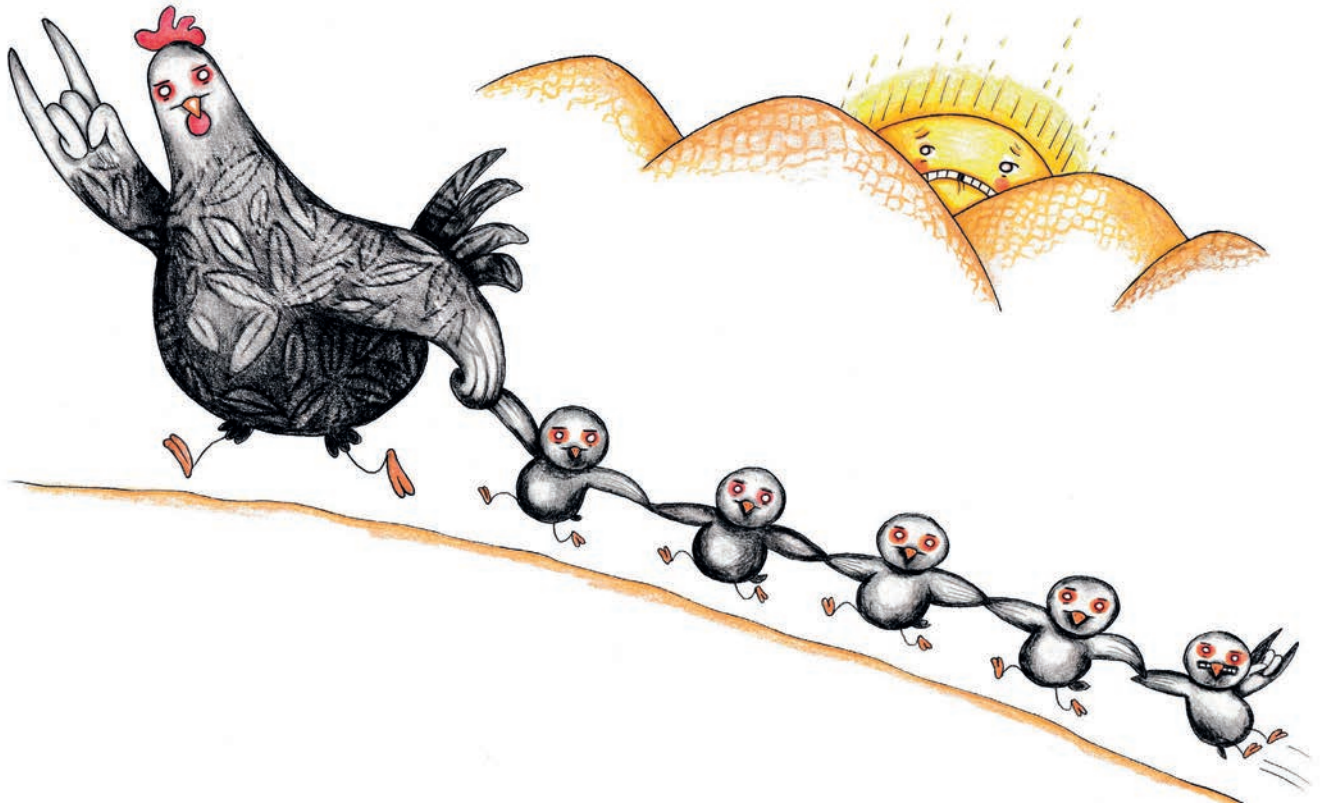
Él me contó que antes estos caminos eran de tierra, es decir, sin pavimentar y él junto a mi abuela Norma Delgado tenían una casa a pasos de la cuestecilla. Además, tenían un pequeño furgón de color blanco que aprovechaban mucho.

Un día tuvieron que ir en su furgón a buscar provisiones a la ciudad de Cabildo porque ya no tenían qué comer. Se fueron cuando casi ya estaba atardeciendo, por lo que lo hicieron muy rápido. Dicen que en la cuestecilla vieron una gallina de color negro que pasaba con muchos pollitos, lo curioso es que eran todos negros.

Al volver de Cabildo, comentaron esto con sus vecinos, quienes también habían visto a esta gallina cruzar siempre la cuestecilla en todos los atardeceres y siempre entrar en una mata de higuera.

Todos decían que era la gallina del diablo y que si alguien mataba a algunos de sus pollitos habría muchas maldiciones para la familia y que la higuera era un portal al infierno.

Un día, los vecinos de mi abuela atropellaron a la gallina y dicen que una maldición de sequía llegó a la comuna. Fueron casi siete años que no cayó ni una gota de agua. Pasado ese tiempo, se fue la maldición y vinieron las lluvias benditas que salvaron la localidad de la Vega.



## REGIÓN DE VALPARAÍSO

## HISTORIAS DEL CULÉN Y LA MORA

**Bárbara Fernanda Retamales Muñoz (11 años)**

Estudiante

Cabildo

*Tercer lugar regional*

**C**uenta mi abuela Ángela que más o menos en el año 1960 llegaron a vivir al El Culén, sector de la Mora, comuna de Cabildo, provenientes de Santa Julia de Petorca. Ellos se radicaron en El Culén y vivían en una casa de quincha con barro junto a sus padres y cuatro hermanos: tres mujeres y un hombre. Dice ella que por las noches siempre solían golpearle la puerta muy fuerte y con el susto se quedaban inmóviles porque supuestamente era Satanás el que lo hacía.

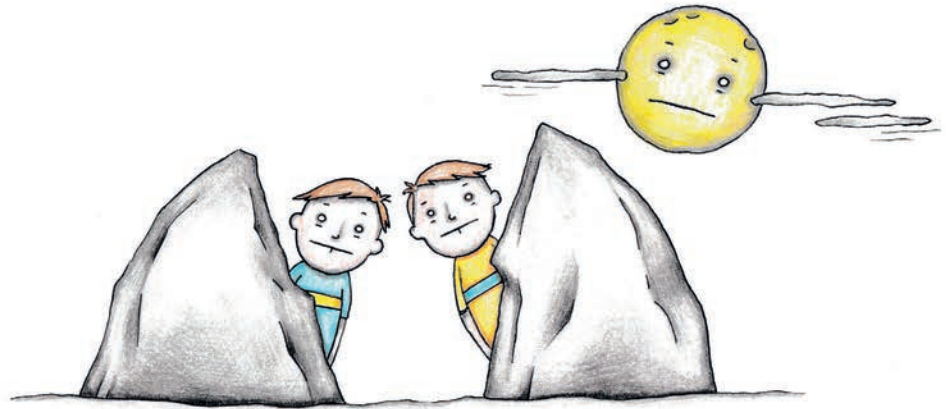
Al otro día se levantaban y con sorpresa se daban cuenta de que en el patio de la casa o en la era donde trillaban el trigo, había agujeros con forma de cántaros. Así otras veces, cuando había luna llena, sentían una gallina que cloqueaba con muchos pollitos. Se asomaban por las rendijas y nunca vieron nada. Todas esas cosas quedaron en el misterio puesto que todos los de la casa solo las escuchaban, excepto Carlitos que veía los duendes cuando lo perseguían.

Pasaron los años y mi tío Carlos tenía ya unos 16 años cuando se hizo muy amigo de un joven de la Mora llamado Fernando. Para juntarse con su amigo, por las tardes tenía que cruzar el río. Dice que al pasar por la puntilla, cerca del agua, había una piedra grande partida en dos y de ella salían dos niñitos chicos que siempre lo perseguían. Pero él le ponía las espuelas en las costillas a su caballo y los dejaba perdidos.

Cuando volvía por las tardes, ahí estaban nuevamente los niñitos esperándolo. Volvía a azotar y a poner las espuelas a su caballo y otra vez los dejaba muy atrás y más encima tapados con tierra.

En otra oportunidad lo persiguieron tanto que hasta perdió su poncho en la escapada. Al otro día lo vinieron a buscar con su papá, pero la prenda nunca más apareció.

Con el pasar de los años, Carlitos acrecentó más la buena amistad con Fernando, ya que



salían con los demás hermanos y hermanas a las fiestas y pichangas que se realizaban en los alrededores como El Guayacán y San Lorenzo. De regreso, Fernando siempre acompañaba a Carlitos al El Culén, para que no fuera solo.

De todas estas historias, los misterios quedaron y resulta que Fernando, el amigo de Carlos, es mi abuelo, el esposo de mi abuela Ángela. Él se la trajo desde El Culén a vivir a La Mora. Allí tuvieron cuatro hijos: un hombre y tres mujeres, y una de ella es mi madre y Carlitos es mi tío abuelo. Con los años después, mi madre se casó con mi padre y la mamá de él tenía un primo que me contó otras historias que también compartiré.

Resulta que entre unas piedras del cerro de La Mora, un hombre encontró a otro, pero muerto y a éste nadie lo conocía. Uno que lo vio se asustó tanto que comentó esto en la comunidad y por curiosidad fueron a verlo y no encontraron nada ahí. Seguramente era su alma que penaba seguidamente.

También me contó que en una oportunidad cuando salió a regar de noche, se asustó mucho porque en el río de La Mora sintió llorar a una mujer desconsoladamente y que decía: “¿Dónde están mis hijos? ¿Dónde?”...Hasta le

dio escalofríos cuando la escuchó. Para más remate, cuando llegó a su casa, los perros lo esperaban en la puerta pero aullaban fuerte mirando el cielo. Se acordó de un rezo que se sabía y lo dijo:

*Santa Ana parió a María,  
Santa Isabel a San Juan,  
con estas santas palabras los perros  
se han de callar.  
Así fue y le resultó.*

También me contó que cuando ellos salían al cerro en las noches, siempre escuchaban voces como pidiendo auxilio y diciendo: “¿Dónde están?” y a los minutos después, sentían caer piedras. No sé si creerle o no a todo lo que me han contado pero concluyo diciendo que ellos desde chicos han sido de estos lugares, pasaron por estas experiencias y las cuentan con tanta seguridad que yo también siento como que las he vivido personalmente.

Gracias, abuela Ángela, abuelo Fernando, tío Carlos y al primo de mi abuela paterna por mostrarme ese mundo.



REGIÓN METROPOLITANA

## SAYÉN Y EL COLIBRÍ MÁGICO

**Francisca María Paz Moreira Moncada (11 años)**

Estudiante

Puente Alto

*Primer lugar regional*

Sayén era una niña mapuche de diez años. Le gustaba un juego llamado el *palín*<sup>1</sup> y su comida favorita era el *charquicán*<sup>2</sup>. ¿Qué quería ser cuando grande? Quería ser una *machi*<sup>3</sup>. Una vez fue a un ritual de una abuelita machi y se enamoró de esa ceremonia. Su mamá y su papá siempre la apoyaban en todo. Un día su mejor amiga Aylín le contó una leyenda. Era la leyenda del colibrí y le dijo:

—¡Cuenta la leyenda que a una mujer bella la amaba un hombre llamado Paineofilu. Un día se casaron, pero cuando supo que ella estaba embarazada sintió mucha rabia y no quería a ese bebé. Cuando el niño nació, lo robó y lo puso en una caja y lo lanzó al lago. Paineofilu le dio a su esposa un cachorro de perro y le dijo

que ese era su hijo. La mujer se volvió loca de pena. El hombre un día volvió arrepentido y quería pedirle perdón, pero ella ya no estaba y el hombre descubrió que su amada estaba convertida en un pequeño colibrí.

Sayén quedó impresionada con esta triste leyenda. De vuelta a casa, la niña pasaba por un lindo riachuelo y pensaba en la leyenda que su amiga le contó. En un momento, sintió el revoloteo de un pajarito, se detuvo y con algo de susto, empezó a observar qué era eso... Una vocecita le decía qué le pasaba y en qué pensaba. Era un colibrí que iba y venía junto a Sayén. El pajarito le dijo a la niña que tenía muy claro su deseo y ella le respondió:

—¡Quiero ser una machi!

1 Palín: Juego de pelota muy arraigado en la cultura mapuche. Los jugadores deben golpear la pelota con un bastón de boldo o avellano. También se le conoce con el nombre de chueca (nota del editor).

2 Charquicán: Guiso tradicional mapuche en base a verduras molidas, principalmente zapallo, papas, acelga y charqui o carne de vacuno seca (nota del editor).

3 Machi: Chamán del pueblo mapuche (nota del editor).

—¡Lo serás —dijo el colibrí—. Debes esperar algunos años y ser siempre una niña buena.

Pasaron muchos años y Sayén nunca dejó de pensar en ser una machi y una noche en su ventana, apareció el colibrí, pero ahora tomó forma de una hermosa mujer. La bendijo y le

dio el poder para ser una machi, ya que vio que su corazón era bueno y jamás dejó de soñar en lo que quería ser. Hoy es la mejor machi de Temuco.

¿Tú tienes sueños?





## REGIÓN METROPOLITANA

## TE CUENTO MI HISTORIA

**Daniela Carolina Fonseca Gutiérrez (12 años)**

Estudiante

El Monte

*Segundo lugar regional*

**E**ra una noche de invierno intenso en la que el agua golpeaba ruda sobre las planchas de zinc de nuestra mediagua. Allí vivíamos con mi abuela materna hacía ya varios meses. No sabía lo que pasaba ni por qué mi madre nos había dejado allí con la promesa de venir por nosotros al día siguiente.

Estábamos comiendo unas ricas sopaipillas cuando sonó la puerta. Un ruido lejano nos advertía que alguien se alejaba por el camino polvoriento de mi barrio. Los ojos de mi abuelita me parecieron húmedos, pero ella salió, cogió una carta y se volvió a sentar junto al brasero, lo único que nos daba calor en esa noche de lluvia. Silencio, mucho silencio. Después, la abuela nos pidió que escucháramos con mucha atención:

—No es real, solo una historia para contar —dijo—. Hace ya muchos años, una mujer tuvo una hija con muchas dificultades, por ser madre soltera y ser pobre. Nadie ayudó a esa mujer para salir adelante con su hija. La niña creció y la madre conoció a otro hombre, pero éste no

estaba cómodo con la niña en la casa, así que la madre decidió que la niña se fuera a vivir con su hermana, pero era muy difícil para ambas separarse. Ya habían estado diez años juntas. Todo fue un caos, confusión, pena. Desde ese día, la niña comenzó un camino sin retorno. El sufrimiento atrapó a la pequeña. Pensaba que su madre nunca más la vendría a buscar y a su tía, a pesar de darle amor y tratarla como a una más de su familia, le faltaban recursos, pues era muy pobre. Los días comenzaron a ser más fríos, tristes, húmedos, sobrios. El dolor fue acrecentándose y el hambre ya era un invitado habitual en la cena de la familia Fonseca...

La historia describía a otras personas y ambientes. Todo fue causando curiosidad en los niños de esa habitación. Las luces que producía la tormenta iluminaban toda la diminuta casa. El ruido del trueno provocaba escalofríos y la historia seguía su curso. Es ahí cuando la niña comienza a soñar. Es ahí cuando sus recuerdos se confunden con esta historia, pero la abuela sigue.



La niña comenta con su tía la posibilidad de viajar a un lugar mucho más apartado de su pueblo y vivir con su abuela, una mujer que solo sabía que era huraña, más bien agria y con resentimiento porque su hija se alejó de ella por esta niña que aún no conocía. Era muy necesario para la niña viajar, pues el hambre ya era insoportable y las pocas provisiones que había, apenas alcanzaban para sus primos que eran más pequeños. Así que emprendió un nuevo viaje donde el dolor y la incertidumbre se apoderaban cada vez más de ese pequeño cuerpo, pero con un mundo de dudas y lágrimas.

Salía el sol por los picos de las montañas. Los Andes era un majestuoso paisaje de color y nieve. Esa micro hacía que todo fuera movimientos y brisas de aire frío entrando por los sin fines del recorrido. Llegaba al fin de esa aventura forzada. Tomó su mochila y al

bajar, una mujer pequeña de tez morena con un maquillaje algo exagerado con tonos rojos y azules, le tomó la mano para que bajara y al mismo tiempo la apretó fuertemente en su pecho. Sentía como lloraba.

—Me decía que me amaba.

Sabía que en ese momento no sentiría dolor. Había más amor que el que esa niña se imaginó... Mi abuela me hizo amar a los nietos...

Nos dormimos junto a la abuela, recordando que esa historia era muy parecida a mi propia historia. Mi abuela también sabía en el fondo de su corazón que todo lo había dicho en metáfora porque la realidad nos haría mucho daño.

Recordando una historia convertida en cuento sigo esperando que mi madre regrese...



## REGIÓN METROPOLITANA

## LA MAMI

**Belén Millaray Pezoa Millanguir (13 años)**

Estudiante

Pedro Aguirre Cerda

*Tercer lugar regional*

**L**a Mami es muy tierna. La llamamos así pues con mis hermanos escuchamos desde guagüitas a nuestra mamá así nombrarla.

La Mami es bajita. Dice que es por su raza mapuche y por ser nacida y criada en el sur, y que si no hubiese sufrido tanto, jamás se hubiese venido de la tierra que la vio nacer: Pitrufrquén.

Con la Mami tenemos nuestros domingos. ¡Me gustan muchos los domingos! porque es el único día en que mi mamá no anda corriendo para irse al trabajo y el único día en que siempre llegan mis tías a compartir un mate con la Mami y mi mamá.

Hay veces que viene más familia del sur y ahí todo es aún más entretenido porque la gente del sur, como dice la Mami, es muy cariñosa. Conversan, hacen asado y siempre traen tortillas de rescoldo y sopaipillas que son ¡tan ricas! Y como hacen fiesta, mi mamá me deja acostarme más tarde y mis tíos prometen que para los próximos viajes me traerán pollitos y conejos de mascota.

La Mami sabe bien como hacerse escuchar. Cada vez que termina mi tío Bernabé de tocar la guitarra, interrumpe con algún recuerdo. Dice que su niñez fue muy triste, pero de gran aprendizaje. Cuenta que la vida de las muchachas campesinas era de esfuerzo, de trabajo duro, que desde pequeñas les enseñaban a obedecer y atender a los hombres, ya fueran muchachos o amigos de sus padres, que debían aceptar lo que ellos les ordenaban. Eran casadas muy jóvenes, a eso de los trece o catorce años con amigos de la familia y a veces con los propios familiares, primos o parientes muy, muy lejanos.

Cuenta que a ella no la casaron porque mi bisabuela Marta decidió simplemente entregarla a don Carlos, dueño de muchas hectáreas y uno de los hombres más conocidos de Pitrufrquén, pero ella nunca entendió por qué su mamá la había desprendido así de su niñez ni por qué la obligaba a trabajar a sus trece años. Y aunque sabía de sus amigas y algunas primas que tuvieron que empezar a trabajar de jovencitas, vivirlo era otra cosa.

Por su cara, cuando la Mami habla de su historia, sé que hay recuerdos que aún le duelen. Dice que en ese tiempo ni hablar de derechos de la mujer como ahora, que la vida está cambiada pa' mejor y que ahora las mujeres no obedecen como antes a los hombres. Que eso es bueno para mí que siempre le digo que soy su nieta, la que defiende el valor de la mujer.

La Mami cuenta que su vida con don Carlos fue muy sacrificada. Trabajaba duro desde el alba hasta las seis de la tarde y su paga la recogía mi bisabuela Marta.

—Tenía que hacer muchas cosas, m'hijita: cocinar, lavar ropa, recoger agua del río, entrar a los animales, darles de comer y atender las “necesidades del patrón”. —Yo no podía reclamar, ¡no! Ahí se hacía lo que el patrón decía y na' más.

Dice que desde el día que mi bisabuela Marta la dejó con don Carlos, la fue a ver solo un par de veces y luego ya no supo más de ella. Que era difícil conseguir un par de zapatos y recorría el campo en invierno a pies pelados. Que no fue a la escuela porque cuidaba de sus hermanos y les tenía que hacer comida. Que su mamá le decía que con cocinar y atender bien a un hombre no necesitaba más y que así iba a encontrar a un buen marido.

—¡Pero yo no quería un buen marido! ¡Yo quería conocer Santiago! Y ella siempre me hacía callar la boca.

La Mami piensa que por esto la llevó donde don Carlos. Dice que ella le tenía mucho miedo ya que era un hombre grande y olía a vino. Que hubo veces en que tuvo que esconderse en el potrero para que él no la encontrara. Que una vez intentó escaparse y llegó a la casa de su mamá, pero ella la devolvió donde don Carlos y que él le dio tremenda paliza. Y dice que desde ese día, supo que no tenía madre.

La Mami dice que don Carlos una sola vez tuvo un gesto humano con ella, que fue justo al cumplir sus quince años. Ese día le regaló un par de zapatos que, para su suerte, son los mismos que ocupó para escapar de él tres años después y venirse por fin a Santiago y sentir lo que era la libertad.

La Mami se encoge cuando habla de él. Es como que aún le tuviera miedo. Aunque dice que si ahora lo viera, le diría en su cara que ¡siempre le tuvo asco!

¡Yo no sé por qué nunca la respetaron, como debe hacerse con una niña o cualquier ser humano sobre la tierra! Creo que eran otros tiempos y otra la consciencia.



La Mami dice que ahora hay un poco más de justicia para nosotras, y que por suerte se habla de los derechos de las niñas y mujeres porque ella eso lo aprendió de grande.

La Mami no sabe que fue ella la que me enseñó a conocer el valor de la mujer. Me ha contado tantas veces su historia que logré sentir su pena y comprender que jamás dejaría que alguien me maltrate.

Yo una vez le pregunté si ella creía que habría justicia por todo lo que vivió y me dijo que no. Me dijo:

—¡No, m'hijita! ¡Eran otros tiempos!

Aunque yo creo que sí, porque me puse a pensar que quizás compartiendo su historia, contándola en distintos lugares, otras personas sabrían que muchas niñas por tradición, religión o pobreza, eran explotadas y abusadas en esos años en que nadie alzaba la voz por ellas. Y tal vez así, a modo de justicia para la Mami, puede que al dar luz su historia, sean muchas más las niñas y mujeres que entiendan y reconozcan que se pertenecen a sí mismas, en cuerpo, corazón y alma. Pues lo más triste es que tragedias y abusos como los vividos por la Mami no han terminado del todo.



REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

## LAS LIEBRADAS

**Lissette Alejandra Leiva Castro (12 años)**

Estudiante

Peralillo

*Primer lugar regional*

**E**n la localidad de Marchigüe, en la sexta región, se celebra la maravillosa tradición de la liebrada que cada año se celebra con gran cantidad de gente, todos los 15 de agosto. El Club Deportivo “Victoria de Marchigüe” es el que está a cargo de esta linda tradición. Viene gente de todas partes, hasta de otros países, para disfrutar esta maravillosa liebrada. Vienen cazadores con sus perros liebreros que participan en los cerros de la localidad cubiertos de viñas.

Bajo esta fiesta nació yo y en mi casa es una tradición que se realiza cada año. En mi familia nos preparamos para este evento todos juntos, pero esto partió con mi abuelo que fue quien nos enseñó esta tradición que se ha transmitido de generación en generación, y aunque tengo primos que no les interesa la vida del campo, aún quedamos algunos que queremos que esto siga. Siempre debe existir alguien que

transmita la cultura en la familia y creo que por eso mi abuelo me eligió a mí. Yo seré quien se encargue de hacerlo.

Y como les contaba, esta competencia comienza muy temprano, como a las seis de la mañana, hasta medio día. Los perros galgos corren para buscar su presa, que son las liebres. Después, todos los participantes con sus perros y sus liebres se dirigen a disfrutar en la media luna sus comidas típicas, sus ricas empanadas de liebres y, en la competencia de la liebre mecánica, los participantes llevan a sus perros a participar y competir, y sus dueños apuestan dinero como de 40.000 pesos hacia arriba por cada carrera.

Todo es muy entretenido. Lo particular de esto es que yo soy mujer y aunque la vida en el campo aún es muy machista, creo que con el tiempo podrán entender que yo también puedo ser parte de esto como una gran mujer de campo. Total, mi abuelo lo dijo.







REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

## FLORES NEGRAS EN MI JARDÍN

**Karin Francois Pinto Aravena (14 años)**

Estudiante

Graneros

*Segundo lugar regional*

**M**i nombre es Beberliz. Mi pueblo era llamado Graneros y estudiaba en el Colegio Municipal “Escuela Número 13”. Cursaba Cuarto Básico y tenía una amiga llamada Isabel, mi mejor amiga. Nos juntábamos en los recreos a contarnos películas de terror. Era divertido y espeluznante. A las semanas siguientes llegó una nueva profesora a la escuela. Era una mujer que no sabía tratar a los niños y no tenía paciencia para enseñar. Era gritona y siempre me sentí inferior a ella. Le tenía miedo. Solamente con verla me asustaba. Era una profesora que en vez de explicar, gritaba. Se llamaba Luz Montecinos y vivía al lado de la estación.

Cada día debía levantarme para ir al colegio. Me daba terror con solo pensar que iba a ver a esa mujer, pero a la vez sentía una felicidad enorme ya que vería a mi amiga Isabel para seguir contándonos historias fantásticas y de las películas que veíamos a diario en nuestras casas.

En mi casa teníamos gallinas, un jardín hermoso y además un hermoso perro llamado Duque. Todo era perfecto con el tema de mi familia. Mi padre tenía un trabajo en la fábrica y mi madre cuidaba a mis dos hermanos en casa.

Un día mi madre me llevó al doctor para que me realizara un chequeo médico en Santiago, en el Hospital Arriarán. El doctor le dijo que me llevara cada seis meses porque tenía una luxación a las caderas. En el primer viaje que realizamos me di cuenta que las calles estaban solitarias y a lo lejos se escuchaban unos ruidos, similares a un tambor. Mi madre tenía miedo. Yo lo sentía y la miraba a los ojos. Cuando nos veníamos de vuelta en tren, sentí una sensación muy genial. Fue maravilloso viajar en la locomotora a Santiago.

Mi amiga Erika era mi vecina. Jugábamos siempre y compartíamos las tardes contándonos experiencias de nuestra vida. Ella llegó a cursar hasta Cuarto Básico y no quiso estudiar más. No sé porque habrá decidido eso.

Al frente de la casa de mi amiga Erika había un árbol de tuna y la mayoría del tiempo íbamos a arrancarlas y nos clavábamos con las espinas muy finas de aquel árbol y después no podíamos sacarlas. Nos pasábamos toda la tarde quitándonos las espinas y me parecía divertido porque disfrutábamos haciendo eso.

Una tarde mi madre tuvo la visita de mi primo y mi tío. Ese día fue muy visitada porque ella era muy cariñosa con nuestra familia. Fueron a conocer a mi sobrina que estaba viviendo unos días en la casa porque algo estaba pasando, pero yo no lo entendía.

Ese día en la tarde estaba en mi hogar cuando de repente aparecen dos furgonetas verdes y grandes. De ahí salieron unos hombres con cascos que no les dejaban ver los ojos. Andaban armados con pistolas, pero eran más que eso. Eran armas demasiado grandes que les dificultaba tenerlas cargadas en sus manos. Me sentía como si estuviera en una película de esas que me contaba mi amiga Isabel.

A pesar de todo no tuve miedo. Les tuve que abrir la reja de mi jardín. Cuando entraron, me quedé paralizada. No sabía qué sucedía en ese momento. Afuera se quedaron dos de esos hombres haciéndome preguntas, pero yo solamente les decía que no sabía ni entendía nada de lo que pasaba. Ellos registraron toda la casa, la desordenaron y dieron vuelta todo.

El patio también lo registraron, al igual que el gallinero. Ellos pensaron que en el jardín había algo enterrado. Esos hombres me interrogaban preguntándome quién había visitado ese día la casa. Les dije que no lo sabía porque pasaba estudiando y en ese mismo año quedé repitiendo en la escuela.

Ese día de primavera cuando interrumpieron mi casa, el miedo lo sentí cuando esos hombres se marcharon. Miré a mi madre y a mi padre pero aun no lograba entender qué pasaba.

Mi madre Elsa con el tiempo se enteró de que una vecina había llamado a esos hombres para inculparnos de que se hacían reuniones políticas en mi hogar. Ellos se equivocaron ya que mi familia era de gente humilde y honrada que no estaba interesada en la política.

Ese día no estaban mis hermanos mayores, lo cual fue algo de suerte porque si hubieran estado presentes, esos grandes hombres se los hubieran llevado y nunca más los hubiese visto. Luego con el tiempo entendí de qué se trataba todo. Era por el régimen militar que se llevaba a toda la gente que estuviera metida en la política del lado opuesto.

Los días que pasaron entendí que en todo este tiempo, mi madre y toda mi familia solo fingían que todo estaba bien para que yo no me preocupara porque era muy pequeña.



REGIÓN DEL LIBERTADOR BERNARDO O'HIGGINS

## LA LEYENDA DEL CERRO GULUTRÉN DE PEUMO

**Patricia Antonia Núñez Contreras (11 años)**

Estudiante

Las Cabras

*Tercer lugar regional*

*A mi tía Mónica que se lo contó su abuelita Doralisa...*

Cuenta la abuelita Doralisa que hace muchos años atrás, cerca de los inicios del pueblo de Peumo, en el cerro más alto, aparecía el diablo. Este ser espeluznante molestaba mucho a sus habitantes. Algunas de sus travesuras se relacionaban con el secuestro de las jovencitas solteras del pueblo para seducirlas y llevarlas con él. También jugaba con un enorme tejo desde el cerro Gulutrén hasta el otro extremo del cerro de Larmahue cruzando así todo el ancho valle del Cachapoal.

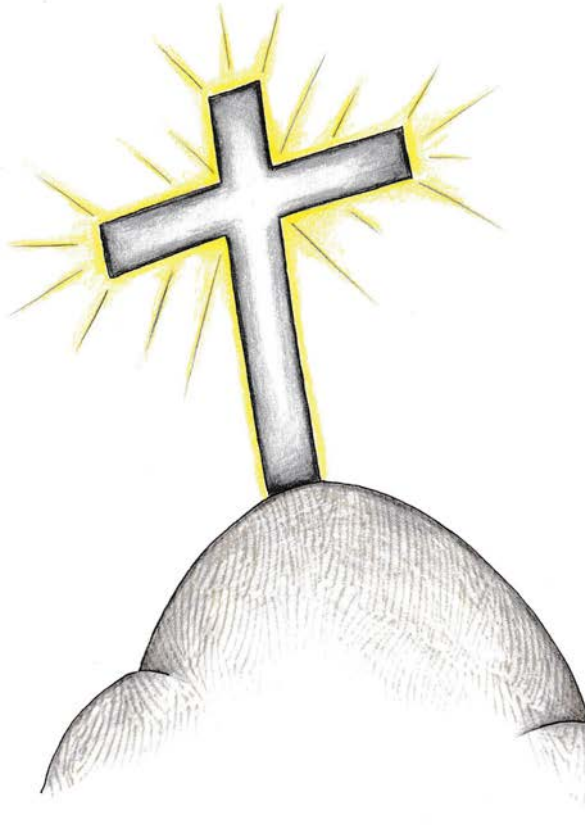
Cierto día la gente del pueblo, aburrida y asustada de este demonio, quiso hacer algo para terminar con sus abusos. Se reunieron con el curita del pueblo para buscar una solución pacífica. Luego de unos días de discusión, a uno de los pueblerinos se le ocurrió que debían colocar una cruz de madera bendita en la cima del cerro más alto para que el diablo no volviera a aparecer en el lugar.

Entre todos los habitantes subieron esta gran cruz de madera e hicieron una ceremonia para su instalación. Pasaron unos días y el diablo no volvió a aparecer. La gente pensó que ya se

habían terminado esos días de terror pero una noche, un hombre desconocido quemó la cruz. En el momento que ardía, el diablo nuevamente apareció. Así subieron una y otra vez una nueva cruz de madera que luego de unos días, ardía nuevamente en llamas.

Pasaron varias semanas y entre todos los habitantes decidieron reunir fondos y construir una enorme cruz forjada en un firme fierro que a gran distancia se veía imponente en aquel alto cerro. Hasta el día de hoy nunca más se vio aquel demonio merodeando dicho lugar y la cruz jamás fue retirada ni destruida.

Actualmente se celebra el Día de la Cruz. Ese día se realiza una peregrinación con antorchas hasta la cima y esta se ilumina siendo vista de todos los rincones del valle. De las jóvenes desaparecidas nunca más se supo y, de los tejos, estos aún se encuentran marcados en el cerro de Larmahue, donde muchas personas llegan incrédulas a observar las mencionadas piedras, terminando finalmente sorprendidas por su gran envergadura.



## REGIÓN DEL MAULE

## DON PEDRO VILLANUEVA Y LA SEÑORA CLODOMIRA

**Estefanía Alejandra Andrades Pérez (11 años)**

Estudiante

Chanco

*Primer lugar regional*

**H**abía una vez en la antigüedad, cuenta mi abuelito Rigoberto Pérez, que hace muchos años atrás, en un sector rural llamado Batuco, un lugar muy apartado de la comuna de Chanco, los habitantes del sector se trasladaban caminando o montados en caballo y en carretas tiradas por lindos bueyes a comprar la mercadería a la comuna más cercana.

Las personas que allí vivían se dedicaban al trabajo forestal. Los hombres y mujeres juntaban leña, hacían carbón y trabajaban en el bosque. En ese lugar había frondosos bosques de pino, eucaliptus, robles, avellanos y muchos más. Las personas eran muy trabajadoras, respetuosas y honradas. Todos eran buenos amigos. Sus casas eran enormes construcciones hechas por ellos mismos. Con sus caballos mojaban la tierra y paja, y hacían los adobes y luego entre amigos y familiares construían sus grandes casas con techo de teja.

A orillas del río Batuco, existía una casa grande donde vivía la señora Clodomira Guajardo, una señora alta y delgada. Su esposo había

fallecido hacía ya tiempo y sus hijos se habían ido a trabajar a la ciudad. Ella vivía sola. Tenía mucho ganado y bonitos caballos, gallinas y pavos. También la señora Clodomira era la partera del sector.

Las mujeres antes, en la antigüedad, tenían sus bebés en su misma casa, ayudadas por parteras como la señora Clodomira que tenía muy buena voluntad y experiencia en ayudar a las mujeres a dar a luz sus bebés. Era muy querida. También vendía vino en su casa, ya fuera para beber ahí mismo o llevar.

Una noche muy oscura y lluviosa del mes de julio de 1780 se enfermó la señora María, esposa de don José Villanueva. Iba a dar luz a su hijo así que rápidamente fue a buscar su sombrero y su manta de Castilla. Le colocó un saco de lona en el lomo a su caballo y salió en busca de la señora Clodomira. Llegó y le explicó lo que sucedía así que la señora fue en su caballo a todo galope para ayudar a la señora María.



La señora Clodomira buscó una sábana blanca y un lavatorio con agua tibia, y empezó el parto. Todo salió bien. Nació llorando el bebé y fue bautizado con el nombre de José, igual que su padre. Todos estaban muy felices en esa casa y don José Villanueva decidió hacer una linda fiesta e invitar a sus amistades y familia. Mató un lindo animal y le compró vino a la señora Clodomira para atender a sus invitados. Hubo música con guitarra. La fiesta duró dos días y todos estuvieron contentos.

En la antigüedad no existían monturas. Los hombres le colocaban a su caballo un saco de lona o un cuero y montaban en pelo. Don Pedro Villanueva, hombre de mucho dinero, acostumbrado a mandar, tenía a su mejor amigo que era don Agustín Lara. Ambos eran muy buenos para tomar vino.

Una tarde, después de terminar sus trabajos, salieron en sus caballos: el “No me toque”, de Villanueva, y el “Lucero”, de Lara, con rumbo a casa de la señora Clodomira a comprar y tomar vino. Entre copa y copa, decidieron echar a correr sus caballos. La señora Clodomira tenía que apostar y gritar la carrera. Ella apostaba y si perdía el caballo que ella apostaba tenía que hacer una rica cazuela: matar una de sus lindas gallinas, atender a Villanueva y Lara, y así se entretenían.

Al pasar los días llegaban nuevamente a casa de la señora Clodomira y estos caballeros se

ponían de acuerdo entre ellos para hacer perder el caballo que apostaba la señora Clodomira, quien nuevamente tenía que prepararles una rica cazuela y el buen vino en la mesa.

Al tiempo ella se fue quedando sin gallinas porque todas las perdió en las apuestas que hacía.

Una noche de luna llena, salió Villanueva en su caballo “No me toque” a comprar vino donde la señora Clodomira.

Mi abuelito cuenta que en la antigüedad las personas hacían entierros de tesoros, oro y, después que ellos fallecían, no le decían a nadie donde enterraban sus cosas. En el camino por donde iba Villanueva en su caballo, de repente en una vuelta, había un árbol llamado litre que al pasar tarde en la noche resplandecía. Y el caballo “No me toque” se asustó mucho. Se paró en sus patas y cayó Villanueva para atrás, pegándose muy fuerte en la cabeza y muriendo en el mismo lugar.

El caballo salió corriendo del lugar llegando a su casa relinchando. La señora María se despertó y siguió al caballo hasta donde estaba su amado esposo Villanueva, ya sin vida. Su caballo no lo dejó solo en ningún momento. Se realizó el velorio de don Villanueva en su casa del campo. Vino mucha gente a acompañarlo y rezadoras.



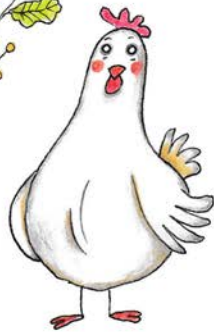
La señora Clodomira estaba muy triste por la muerte de su amigo. Llegó el día del funeral y fue llevado hasta el cementerio en una carretela tirado por su caballo “No me toque”, que relinchaba a cada tranco que daba.

Cuenta mi abuelito que desde esa noche que falleció Villanueva frente a aquel litre iluminado, las personas que pasan tarde, en la noche, escuchan la voz de Villanueva que dice: “¡Mi caballo amigo, nunca te voy a olvidar!”

En este lugar la familia de Villanueva hizo una grutita de laja y pusieron una foto de él con su caballo. El lugar se convirtió en campo santo y las personas le encienden velas, le hacen mandas a Villanueva y son concedidas.

En el sector de Batuco hicieron una cancha de carrera de caballos en honor al querido amigo finadito Villanueva y durante los meses de verano, disfrutan las personas de lindas carreras a la chilena que por lo general se realizan los días de domingo.

Don Villanueva desde el cielo es feliz de que lleven su tradición de las carreras y su hijo José Villanueva está muy contento de haber seguido con la tradición que tanto le gustaba a su padre. Ahora él es jinete en las carreras y todo el sector y alrededores recordarán por siempre a don Pedro Villanueva.



## REGIÓN DEL MAULE

## EL BARCO FLAMEANTE

**Juan José Quiero Correa (10 años)**

Estudiante

Licantén

*Segundo lugar regional*

**M**e contó mi abuelita Eulalia que en España tenían un barco ganado a Inglaterra en una batalla. Ese barco traía riquezas del rey George II a las Indias. Era un viaje largo y frondoso en el cual podía pasar cualquier cosa. Ese viaje duraba seis meses aproximadamente y pasó lo más inesperado... Por llevar tanta carne y tan poca fruta y verduras para un lapso tan grande de tiempo, les llegó una de las peores enfermedades de aquella época que te puedes imaginar: el escorbuto.

Pasando por Valparaíso, el capitán del puerto, que era amigo del capitán del barco español, tiró un cañonazo al cielo como muestra de salud, pero no hubo respuesta. El capitán del puerto de Valparaíso ordenó abordar el barco de España en preocupación por su amigo, pero estaban en su mayoría muertos, y los únicos vivos, agonizando, casi moribundos.

Cuando los iban a rescatar, una fuerte y feroz tormenta arrastró el barco español hacia el horizonte sin dejar rastro. Solamente se escuchaba el clamor de los moribundos en solicitud de auxilio, que nunca se efectuó.

En aquellos días de invierno había mucha corriente. El mar tempestuoso los ayudó a seguir un rumbo hasta entonces desconocido. Mi abuelita me contaba que era un barco fantasma y que los lamentos de sus muertos tripulantes se escuchaban desde la orilla, dando fama al mítico barco fantasma de la costa del Maule.

La última vez que fue visto este barco fue en el año 2.000 en Maule y dicen que aún se escuchan los lamentos de quienes no pudieron ser rescatados.



## REGIÓN DEL MAULE

## ENCUENTRO CON BRUJOS

**Felipe Ignacio Silva Muñoz (13 años)**

Estudiante

Hualañé

*Tercer lugar regional*

**S**iempre contaba mi abuela Alicia las historias de sus tierras. Algunas eran creíbles, otras no tanto, pero la que más me gusta es la que relataré ahora.

Mi abuela, siendo joven, vivía en Vichuquén: tierra de brujos. Ella siempre viajaba con su padre desde el Peral al pueblo de Vichuquén. En uno de esos largos viajes, les dio la noche a mitad de camino, entonces hicieron campamento. Ya muy oscuro empezaron a sentir sonidos de Tué Tué, y escucharon ruidos raros, hasta principiaron a ver unas luces a lo lejos.

Ellos, muy curiosos, quisieron ver de qué se trataban las luces y el ruido. Entonces se acercaron y vieron una tremenda olla de oro, casi enterrada en la tierra. Lo único malo era que estaba rodeada de personas haciendo un baile y gritando sonidos muy extraños y escalofriantes. Cuando su papá se dio cuenta de lo que pasaba, ya era tarde. Uno de esos personajes lo había visto. Se les acercó y les dijo

que si ellos iban a sacar ese oro, los perseguirían por toda una vida porque ellos eran brujos y con el oro de los brujos no se jugaba.

Obviamente dada la amenaza, no hicieron nada más que obedecer e irse a su campamento con mucho miedo y temor de lo dicho por el brujo. Pasaron la noche en vela, escuchando sonidos raros y pájaros que revoloteaban arriba de sus cabezas. Según contaba mi abuela, hasta sintieron que los tocaban. Buen susto se dieron que hasta el caballo relinchaba de vez en cuando de terror.

Ya sintiendo que llegaba el amanecer, se tranquilizaron un poco. Le dieron comida y agua al caballo para seguir el viaje. Lógicamente ellos también comieron. Mi abuela siempre decía que su padre debe haber quedado con ganas de volver. Era mucho oro, suficiente para vivir bien toda una vida y que eso lo tenía en el corazón y la cabeza, por esta razón pasó lo que pasó después.



Cabalgaron todo el día hasta llegar al Aquelarre donde había una casa, especie de posada en la cual siempre su padre descansaba y comía.

Nuevamente llegó la noche. Mi abuela literalmente decía que estaba muerta de miedo. Era tanto que no podía conciliar el sueño. Tiritaba de susto ya que presentía que algo pasaría. No se acuerda por qué razón su padre no estaba con ella. Tampoco supo dónde estaba él. Solo sabía de su miedo y con ello de sus ganas de ir al baño.

En esa época los baños no estaban en las habitaciones. Por lo que cuenta mi abuela, tenía que caminar casi media cuadra para llegar a una especie de caseta de madera oscura y hedionda, rodeada de árboles que hacían un sonido muy acogedor de día pero muy aterrador de noche. Y ella sola, solita en esta habitación de madera, sin más luz que una vela, espantada de todo lo que oía o creía oír, se armó de valor y, como pudo, fue al baño. Llegó corriendo, casi saltó en él, y se volvió a la habitación como si alguien la persiguiera.

A mitad de camino sintió el caballo de su papá y corrió hacia él. Le preguntó dónde andaba, pero no supo contestar. Solo la hizo dormir. A eso de las doce de la noche se empezaron a sentir ruidos, esos sonidos que te penetran los huesos de puro horror. A la habitación la golpeaban por los lados, se sentían gritos, se escuchaban personas afuera. El pobre caballo relinchaba a cada rato hasta que su padre le contó lo que había hecho. Fue a buscar el oro,

trató de engañar a quien no debía, pero no pasó nada, no encontró nada, pero los brujos se dieron cuenta de lo que él quería, así que igual lo siguieron para darle, según yo, un buen susto.

Toda la noche con ruidos. Toda la noche que fueron como mil noches. Así me cuenta mi abuela que sintió el tiempo.

A eso de las cuatro de la madrugada, su padre salió a dar la cara, abrió la puerta y había una gran luz. Apenas pudo ver mi abuela lo que había afuera. Divisó un tremendo caballo negro con dientes de oro y en el caballo la sombra de un hombre. Alrededor, muchas personas, sin rostro, solo figuras. Ella, según decía, se escondió bajo la cama y rezó. Apenas se acordaba de las oraciones del puro susto. Solo pedía seguir vivos.

Al cabo de un rato entró su padre con lágrimas en los ojos y su cara de espanto. Le contó que le había jurado al gran brujo de la zona que nunca más iría a buscar su tesoro, que siempre contaría la historia para que nadie hiciera lo mismo que él, y que ellos nunca revelarían quién era esta persona. Y así fue.

Ellos siempre contaron la historia pero nunca dijeron quiénes fueron los brujos que en ella estuvieron.

Así termina uno de los más grandes cuentos de mi abuela Alicia.



REGIÓN DEL BÍO BÍO

## EL CHANCHITO DE TRES PATAS

**Sebastián Antonio Pastén García (10 años)**

Estudiante

Chillán

*Segundo lugar regional*

**H**ace muchos años atrás, ocurrió un terremoto en Chillán que destruyó todas las construcciones y hubo muchos muertos, tanto en la comuna como en los sectores rurales aledaños.

Recuerda un día mi abuelito, mientras tomábamos once, la historia de una alfarera de Quinchamalí que en esa época del terremoto perdió su casa y todos los trabajos en greda que había hecho para sacar adelante a su familia.

Mientras lloraba con desconsuelo sobre los escombros de su casa, encontró entre medio de las piezas de greda rotas, cinco mil pesos y un chanchito de greda que en vez de tener cuatro patas, solo tenía tres. Al ver esta pieza de greda en este estado, comenzó a golpearla y tirarla al suelo muchas veces pero nunca se pudo trizar y tampoco romper. Frustrada por la situación, llorando su desconsuelo, se calmó, miró al cielo, bajó la mirada, tomó al chanchito en sus manos, miró a su alrededor y se dio cuenta que sus vecinos se quejaban de dolor por los

golpes con objetos. Lloraban por sus viviendas derrumbadas y otros lloraban las pérdidas de familiares y amigos, en cambio ella y su familia se encontraban bien y solo tenían que lamentar las pérdidas materiales, por lo tanto agradeció a Dios y miró fijamente al chanchito de greda.

Al día siguiente lo tomó nuevamente y reflexionó que ella se parecía a esta pieza de greda ya que tenía tres patas, igual que él, y lo relacionó con la salud, el dinero y el amor. Se dio cuenta que ya no había razón para llorar pues con esas tres cosas que tenía era muy fácil empezar y salir nuevamente adelante.

Desde ese entonces aquella alfarera comenzó a fabricar chanchitos de tres patas que simbolizan los tres conceptos: salud, dinero y amor.

Es por eso que se dice que en la localidad de Quinchamalí y sus alrededores, regalar un chanchito de tres patas es desear salud, trabajo y buena suerte en el amor.







## REGIÓN DEL BÍO BÍO

## LA CHANCHA ACUCHILLADA

**Felipe Andrés Fernández Martínez (12 años)**

Estudiante

Nacimiento

*Tercer lugar regional*

**E**ra una mañana de invierno. En la noche anterior había llovido mucho, mucho. Daba la impresión de que el cielo se iba a caer con viento y relámpagos.

—Buenos días, mi niño. ¿Cómo amaneció?... Llovió hartito anoche ¿cierto? Parece que estaba enojado Diosito... —me dijo mi abuelo mientras trataba de prender fuego en la cocina—. Venga, venga a tomar desayuno conmigo que falta que hace para empezar el día con fuerza y ánimo...

Mi tata Chaco siempre me decía que un hombre de trabajo tenía que desayunar muy bien para que toda la faena saliera como corresponde... Yo no entendía mucho porque mi única labor era la de estudiar, pero si mi abuelo lo decía era porque así era. Él era muy sabio.

—¡¡¡Dónde está mi niño!!! —se escuchaba a lo lejos...

Era mi abuela que se asustaba cada vez que se despertaba y no me veía en la cama. Ella era muy maternal conmigo... ¡Mi Lela!... ¡Cuánto la quiero!

—¿Les dio de comer a las gallinas, mi niño? ¿Tenían un huevito para nosotros? Ja ja ja —se reía, y yo con él—. ¿Sabes? ... —me dijo mi abuelo—, que este tiempo me hizo recordar cuando yo trabajaba en la Forestal...

Esas eran muy buenas historias y yo no me las quería perder porque eran vivencias que mi Tata había pasado en sus trabajos.

—¡Qué mentira le vas a contar ya al niño, oye! —le dijo mi Lela.

—No te preocupes vieja, si solo le voy a contar una historia no más —le respondió mi Tata Chaco.

Y mientras preparábamos un caldillo de cebollas y harina tostada con mi Tata, me empezó a relatar la historia que ahora les paso a contar.

Mi Tata Chaco empezó a relatar su historia que dice más o menos así:

Estábamos trabajando con mi cuadrilla, en una faena forestal por allá en el fundo de los Barros, cerca de Curanilahue, cuando me llamaron por radio y me dieron la orden de que teníamos que ir a podar unas hectáreas de pino más adentro de la cordillera. “Bien”, dije yo... “Me voy con mi gente a terminar esa faena”... Era una buena cuadrilla, éramos todos amigos, años trabajando juntos.

Nos vino a buscar el furgón y nos fuimos rumbo a la zona donde teníamos que trabajar. Nos bajamos y seguimos trabajando y luego, de repente, se escuchó un ruido muy raro, un chillido feroz... Todos quedamos mirándonos. Pensamos que era el león y de repente de entre las zarzas aparece... ¡una chancha! de esas chanchas lobas que se crían solas en pleno cerro. Nos miramos y ya teníamos mucha hambre de tanto trabajar.

Ya se nos había abierto el apetito y... ¡zas! Entre cuatro la tomamos y preparamos todo para matarla... Ya se nos hacía agua la boca de solo pensar que nos íbamos a comer un rico asado de cerdo en pleno cerro.

Ya estaba todo listo para el sacrificio y cuando le estábamos enterrando la cuchilla... ¡esta chancha loba se soltó y salió corriendo con cuchilla y todo

en el pecho!... La tratamos de alcanzar pero no pudimos y se nos fue... ¡Qué estábamos enojados! Porque hasta ahí no más quedó el asado.

Pasó el tiempo y terminamos la faena. Nos fuimos a nuestros hogares hasta la próxima temporada que era en primavera. ¿Y sabes qué pasó? Nos mandaron a la misma área en la que pillamos a la dichosa chancha, y nos acordamos y nos pusimos a reír... ¡¡¡ja, ja, ja!!! ¡Qué chancha más loca! —decía mi tata—. De repente —me dijo— cuando estábamos lo más bien trabajando, se escuchó de entre las matas, unos chillidos ¡y adivina qué era! —me dijo— ¡¡¡Era la chancha que había parido seis chanchitos y todos ellos traían en su pecho un cuchillito como el que le enterramos a su mamá!!! ¡¡¡Ja, ja, ja, ja!!!

Se puso a reír y mi Lela y yo igual nos reímos de la historia fantástica de su chancha acuchillada...

Luego me tomó de la mano y fuimos a pescar y allá me contó otras historias más fantásticas que las que les relaté, pero esas se las dejo para otra oportunidad...



AYYYYYYYYYY...!



## REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

## LA VISITA DEL ZORRO

Tomás Marcelo Necul Zúñiga (8 años)

Estudiante

Freire

*Primer lugar regional*

Esta historia sucede en la Novena Región cerca del hermoso río Toltén. Durante mucho tiempo, habían dejado de visitarse el zorro y la hermosa ñandú. Un día de primavera, cuando el sol abrió sus bellos ojos bajo un cielo azulado, había caído un rocío muy abundante y el pasto estaba muy verde. La señorita ñandú decidió ir a visitar a su gran amigo el zorro porque había recibido la noticia de que el zorro se había casado y, como era su buen amigo de toda una vida, era el momento preciso para realizar su visita. Fue así que partió muy feliz. Le llevó algunos huevos frescos y frutas silvestres en una canastita que había tejido. Su amigo vivía como a unos siete kilómetros de distancia al lado del río. Ella iba feliz por un caminito de tierra con mucha vegetación como sauces, aromos con hermosas flores y muchas abejas que rodeaban los árboles floridos. A lo lejos pasaban patos silvestres y muchos cuervos que cantaban muy felices sobre una rama que estaba en medio del río. También cantaba el

martín pescador, muy elegante en la rama de un sauce, observando el bello río y tratando de encontrar un pecesito para su bocado. Y continuó su andar la hermosa ñandú.

Del pequeño cerro se sentía caer agua de una vertiente. La señorita ñandú se acercó respetuosamente a la vertiente y se echó junto a ella dando gracias a la naturaleza por tener la suerte de haber llegado al *trayenko*<sup>1</sup> más hermoso de la Novena Región, rodeado de flores de chilcas y muchos picaflores que iban y venían sobre las hermosas plantas del bosque.

—¡Qué bien me siento aquí! —dijo la señorita ñandú. Y bebiendo un sorbo de agua, le dijo a la vertiente—: ¡No sé si vuelva por aquí, pero si no fuese así, te llevaré en mi corazón y pediré a las fuerzas de la naturaleza que esta vertiente no se seque y sea también un agua que sane al ser humano de sus dolencias del cuerpo y de la mente!

<sup>1</sup> Trayenko: Vertiente (nota del autor).



Después siguió su camino hasta que llegó al *raghue*<sup>2</sup> donde se encontraba su amigo zorro.

El sitio estaba rodeado de plantas verdes grandes y pequeñas. Había muchos boldos hermosos, maquis, aromos y muchas plantas. También se podía escuchar el canto de muchas aves.

—¡Qué hermoso lugar y tan tranquilo! ¡Aquí hay paz! —dijo la señorita ñandú, y caminó por una pequeña quebrada hasta que llegó a la casa de su amigo el zorro. Llegó a la puerta y tocó:

—Toc, toc, toc.

El zorro que estaba descansando con sus pies en alto sobre su sillón de mimbre con muchos almohadones, respondió:

—¡Ya voy! —El zorro se sentó, se puso sus zapatillas, se dirigió hacia la puerta y preguntó—: ¿Quién es?.

—Soy yo, tú amiga ¿no me reconoces? —le dijo la señorita ñandú.

En ese momento se abrió la puerta y el zorro salió a su encuentro. La abrazó y besó una y otra vez. La señorita ñandú le dijo:

—¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo sin verte! Estoy muy bien y feliz de encontrarme contigo. Te extrañaba y por eso estoy aquí.

El zorro le dijo:

—Ven, pasa a mi casa. Como ves, es pequeña pero hay mucho cariño para ti.

—Gracias —dijo la señorita ñandú entregándole los regalos que le traía.

El zorro saltaba de alegría, en tanto que ella pudo observar una hermosa casa, muy acogedora, pero lo triste fue que al entrar por la estrecha puerta, no pudo pasar y quedó atrapada. El zorro comenzó a tirarle del cuello con sus patas una y otra vez, pero mientras más tiraba, más se apretaba la pobre ñandú. Así transcurrieron las horas hasta que el zorro comenzó a sentir hambre. Vio los regalos para ver si era comida, pero resulta que ninguna de las cosas le llamó la atención. Él quería comer carne.

Transcurrieron las horas y la pobre ñandú no podía salir. Estaba desesperada y muy adolorida.

—Creo que este viaje no tendrá regreso —dijo la señorita ñandú.

Luego volvió a insistir el zorro, pero el hambre fue tan grande y el deseo de comer fue tan inmenso que pensó: “Ya no soporto más el hambre y no puedo salir a cazar”.

Entonces el zorro, dándole un beso a su amiga, se despidió y se la comió.

2 Raghue: Pozo de greda (nota del autor).



## REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

## LA TRAPELACUCHA DE FELICINDA

**Amanda Calfueque Quintero (9 años)**

Estudiante

Curarrehue

*Segundo lugar regional*

**M**i bisabuela se llama Felicinda y, tal como inspira su nombre, ella es una mujer feliz. Ella me prestó su *trapelacucha*<sup>1</sup> para que la usara en la celebración de *We tripantu*<sup>2</sup> de mi escuela. Cuando mi mamá me colocó la joya, me sucedió algo “extraño”. Me sentí poderosa y también bonita. Mi mamá me dijo que la *trapelacucha* que llevaba en mi pecho era muy antigua, ya que la bisabuela la había heredado de las mujeres antiguas del linaje. Yo la miré con cara de ¿qué significa eso? Mi mamá me dijo que era una joya de mujeres aún más antiguas que mi bisabuela.

Ahora te voy a contar la historia con detalles. Mi bisabuela Felicinda es feliz, pero brava. Un día mi papá fue a visitarla y le comentó que yo quería usar la *trapelacucha* en la ceremonia y mi bisabuela dijo que yo era la que tenía

que ir a pedírsela, así que al otro día con mi papá fuimos en auto a su casa que vive en el campo Maichín. Yo no conocía a la bisabuela Felicinda, pero después de ese día su carita quedó en mis recuerdos. Ella es una mujer muy feliz, muy anciana y de trato cariñoso. Entregó en mis manos la *trapelacucha* y me dijo que era de plata, que la plata es protectora y que la *trapelacucha* protege el corazón lunar. Yo no sé qué cara habré puesto, pero mi bisabuela Felicinda sonrió de oreja a oreja.

Hace varias noches que me sueño con mi bisabuelita. Tengo muchas ganas de ir a visitarla. ¿Será que me busca en los sueños para contarme más secretos de la *trapelacucha*? También me sueño con el *ngillatun*<sup>3</sup>. En marzo hay uno. Ojalá mi bisabuela me preste nuevamente su *trapelacucha* de plata.

1 Trapelacucha: Adorno de plata mapuche (nota del editor).

2 We tripantu: Celebración del año nuevo mapuche en el solsticio de invierno (nota del editor).

3 Ngillatun: Ceremonia religiosa mapuche (nota del editor).







## REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

## LA LAGUNA CRISTALINA

**Margarita Catalina Pereira Henríquez (9 años)**

Estudiante

Pucón

*Tercer lugar regional*

Un día mi abuelo me contó que antes él vivía en las cercanías del Lago Caburga junto a sus padres y hermanos. A unos cuantos metros por detrás de su casa se encontraba una laguna de aguas muy cristalinas que todos admiraban, pero a la vez sentían temor, porque la gente contaba que ocurrían cosas extrañas. Una vez le contaron que si uno se introducía en ella, una mujer de aspecto terrorífico aparecía y te llevaba al fondo de la laguna y luego te soltaba.

Cierto día, mi abuelo visitó a un amigo para ayudarlo con el traslado de unos animales a un campo cerca de la cordillera para conseguir mejor talaje. Cuando estuvieron de regreso ya era de noche y al regresar a su casa, tuvo que pasar por la laguna de aguas cristalinas de la que se contaban dichas historias. Él creía mucho en esas cosas por lo que trató de pasar lo más rápido posible para no tener que vivir ninguna experiencia desagradable.

Cuando ya estaba llegando a su casa sano y salvo, respiró profundamente con un gran alivio y en ese instante escuchó un grito

desgarrador. Sintió un gran temor pero igual acudió al lugar de donde provenía el grito. Era su vecina que estaba desconsolada. Ella le relató que su hijo se había caído a la laguna. Era un muchacho de unos 17 años. Mi abuelo la calmó a pesar del miedo que sentía y le dijo que esperaran un rato porque pronto el cuerpo volvería a la superficie como según se contaba.

Así fue como de pronto, mi abuelo miró hacia la orilla y se dio cuenta que ahí se encontraba un cuerpo flotando. Corrieron hasta allá y era el hijo de la vecina. Lo sacaron de inmediato y lo llevaron a la casa, pero como no reaccionaba, lo llevaron a la posta que quedaba como a cinco kilómetros de ahí. Lo llevaron de a caballo ya que era el único medio para transportarlo. Cuenta mi abuelo que estuvo casi todo un día inconsciente y cuando despertó lo primero que dijo fue: “¡Mujer!”.

Al poco tiempo el muchacho falleció sin una causa aparente y desde ese día mi abuelo no volvió más tarde a su casa y trataba de andar lo más lejos posible de la extraña laguna.





## REGIÓN DE LOS RÍOS

## EL CAMINERO DEL PACTO

Joaquín Alexis Vicuña Valenzuela (9 años)

Estudiante

La Unión

*Primer lugar regional*

**M**i abuelita me contó esta historia, una historia que le contó su mamá.

Hace muchos años, cuándo acá en mi región no se hacía el camino a La Unión, los militares empezaron a romper el camino, pero no daban abasto con tanto trabajo, así que optaron por traer de otros lugares, entre ellos la mayoría era de Temuco, pero también llegaron chilotes.

El caso es que los trabajadores vivían en unas mediaguas que levantaron al otro lado a orillas de un río llamado río Futa. Ahí dormían todos amontonados por el reducido espacio. También tenían una *rancha*<sup>1</sup> que les servía de cocina. Algunos hombres trajeron a sus esposas que se encargaban de hacer el rancho, como le llaman en el campo. Hacían tortillas de rescoldo para que comieran los trabajadores. Entre ellos, había uno cuya esposa estaba embarazada. Ahí la vida era muy dificultosa pues no había un puente para cruzar el río, así que cruzaban

sobre unos tremendos *coihues*<sup>2</sup> que ellos mismos botaban sobre el río como puentes. Era muy peligroso pero no había otra opción.

Un día, el esposo de la señora embarazada cruzó para el otro lado del río y se encontró con un señor que era dueño de un campo al lado del río. Él le contó al caballero que su señora estaba embarazada, entre otras cosas. El caballero le contó a su señora que se había encontrado con un trabajador del otro lado del río, y que el hombre le contó que su señora estaba embarazada. La señora se preocupó mucho, así que mando a su marido a buscarla para hablar con ella.

Así fue que el hombre fue en busca de ellos. Les propusieron que dejaran el campamento, pues cuando el niño naciera podrían tener problemas. En fin, los convencieron y ellos aceptaron y les pasaron una casita en otro campo que el señor arrendaba. El caballero

1 Rancho: Construcción rústica (nota del editor).

2 Coihues: Árboles frondosos que crecen en el sur de Chile (nota del editor).

era bueno con ellos, les pagaba bien y los tenía al cuidado de sus animales. Ellos vivían bien. Tuvieron más hijos ahí en tranquilidad.

En esos años era muy lluvioso y el río salía de su caudal y había que tener cuidado con los animales ya que el río se los podía llevar.

En eso andaba el cuidador, un día de pleno invierno, a orillas del río, cuando escuchó un ruido de algo raro en el río. Se acercó y vio un barco muy lindo, todo iluminado con luces de colores, y en su interior mucha gente, unos tocando música, otros bailando, en fin. En eso alguien lo llama y lo invitan a subir un rato al barco. El hombre aceptó y ya dentro del barco le propusieron que si no contaba nada de lo que había visto, sería inmensamente rico. El hombre aceptó pues se creía bastante hombrecito en su palabra.

Le dijeron los del barco:

—Mañana te haces un corral, lo más grande que puedas, y no le cuentes a nadie lo sucedido y pasado mañana, cuando amanezca, verás una sorpresa, pero tienes que cumplir tu promesa. Ahora baja y regresa a tu casa como si nada hubiera pasado.

El hombre pensó: “la suerte me está llamando”. Al otro día hizo su corral sin dar ninguna explicación. Trabajó todo el día y en la noche se acostó pensando y ansioso de ver si sería verdad lo que le dijeron. Cuando amaneció, no lo podía creer. El corral estaba lleno de animales. Había

de todos. Pensó que eran los de su patrón, pero en la tranca en una tabla decía: “Todo esto es tuyo. Disfrútalo, pero no olvides tu promesa”.

El hombre se asustó y fue a esconder la tabla para que nadie la viera, pues ni su esposa sabía nada de esto. Muy nervioso metió la mano en su bolsillo para sacar su pañuelo, pero al sacarlo, cayó mucha plata: billetes y pesos. Se asustó y pensó dónde esconder todo el dinero pero al fin se calmó y como las esposas antiguas no hacían preguntas, nadie dijo nada.

Así pasó mucho tiempo. Un día su patrón fue a verlo y le dijo:

—Me contaron que te ha ido muy bien con tu crianza. Fíjate que venden este terreno y no piden muy caro. Piénsalo y ahí ves si te alcanza.

El hombre le hizo caso y lo compró, haciéndose dueño del campo.

Vivió muy feliz. Ya no dependía de nadie. Hasta orgulloso se puso el caballero, pero un día se juntó con un vecino amigo quien lo invitó para su casa a tomar vino. Bebieron mucho. Ya estaban bien ebrios. El amigo le empezó a preguntar cómo lo había hecho si cuando llegó era un pobre patipelao. El pobre hombre le contó lo que nunca debía haber contado, lo cual fue una burla de su amigo quien riendo le dijo:

—Quién te va a creer que viste el Caleuche.



Y así siguieron bebiendo, sin pensar en nada más. Llegó la noche y el hombre se fue para su casa en su lindo caballo que tenía. Llegó y se acostó a dormir. Al otro día se levantó como de costumbre a ver a sus animales que eran su orgullo pero no encontró nada, pues ya no había nada. De repente recordó que había roto su promesa. Se acercó al corral muy apenado y encontró una tabla que decía: “Rompiste tu promesa. Ahí te quedas, pobre como llegaste”.

Solamente le quedó la tierra que había comprado. El pobre hombre se volvió loco al

verse tan pobre como lo fue un día. Dicen que al poco tiempo murió su señora. Sus hijos se fueron y él quedó completamente solo y pobre. A los años, se le quemó su casa. Después de un tiempo cuentan que lo encontraron muerto a orillas del río, tal vez esperando ver el barco que lo llenó de riquezas y que a la vez lo dejó pobre y solo.

Así termina esta historia de una persona que fue víctima de un lindo sueño y que de un momento a otro se transformó en una horrible pesadilla.



## REGIÓN DE LOS RÍOS

## LA PUMA

**Alondra Antonia Maldonado Opitz (11 años)**

Estudiante

Paillaco

*Segundo lugar regional*

**H**abía una vez una escuela en un campo que tenía el nombre de El Puma donde había muchos niños y niñas. El nombre era porque en ese sector había un puma que asustaba a los alumnos del colegio. Los profesores no sabían que en ese lugar una puma había perdido sus hijos de muy pequeños y siempre pasaba por el lugar pensando “¿dónde estarán mis hijos?”, “¿qué será de ellos?”. La puma cada vez que pasaba por el lugar se sentía muy triste hasta que un día uno de los niños del colegio se arrancó al monte en busca de una pelota que había caído muy lejos. El pequeño niño se perdió en el campo. Profesores, alumnos y sus padres, desesperados, lo buscaban, mientras el niño, muy asustado, estaba perdido por el campo.

La leona escuchó que la madre del niño lloraba por su hijo. Al sentir aquella la angustia de la madre, la puma decidió ayudar a encontrar al niño que se había perdido. Al pasar la noche, la puma encontró al niño dormido en medio de los árboles y la vegetación del campo. Despertó

al niño que estaba durmiendo. El pequeño sintió mucho miedo, ya que siempre la leona pasaba por la escuela haciendo que todos sintieran miedo de ella pero la puma subió al niño en su lomo llevándolo a donde estaba la madre muy angustiada por su hijo.

Al ver que la puma llevaba a su hijo en el lomo, la madre sintió un gran alivio ya que vio que estaba sano y salvo. La puma entregó al niño a su madre. Una vez que la mujer tuvo a su hijo en sus brazos, sintió que la puma que todos decían que era un animal del campo que no tenía sentimientos, era mentira.

Y desde ese día la puma no ha dejado ni un solo día de ir a ver y a jugar con todos los niños y niñas del colegio. Ahora se siente feliz cuidando a cada uno de los alumnos.

Desde aquel día, el campo donde estaba el colegio El Puma fue más lindo y seguro desde que está la guardiana de los niños y niñas: la puma.







## REGIÓN DE LOS RÍOS

## CONTIGO POR SIEMPRE

**Diego Alfredo Pinuer Alvarez (13 años)**

Estudiante

Paillaco

*Tercer lugar regional*

Todo pasó muy rápido. Mi pequeño amito estaba durmiendo plácidamente como todos los días después de su comida, mientras mis dos amos estaban discutiendo en la otra habitación. Nunca logré entender por qué discutían ya que el amor que le entregaban a mi amo era incondicional e infinito y luego... sentí un cambio. El instinto canino me alertó de algo, aunque no sabía qué era y me fui debajo del sofá. Después, en solo un segundo, todo se derrumbó. Estaba muy oscuro. Los muros cayeron sobre mí. Al recuperar el aliento pude ver perfectamente cómo mis amos estaban durmiendo debajo de los escombros. Les hablé, los acaricié, traté de que despertaran, pero no lo logré. Lo bueno era que mi pequeño amo estaba aún en su camita, intacto, como si nada hubiese ocurrido. Un closet cayó sobre la cama dejando un espacio seguro donde nada lo dañó. Me miró con aquellos ojos tiernos que tanto adoro. Miré a mi alrededor y alcancé a divisar una salida. Lo alcancé a sacar antes de que la casa se desmoronara por completo. Lo tuve que llevar en mi hocico, ya que no tenía más que esa opción.

Cuando salí de la casa, todo estaba patas arriba. Presentía que venía algo peor que eso y que debía llegar cerca de la ciudad. Debía encontrar comida para mi amo y para mí. Por suerte en el fogón siempre había quesos, charqui, miel, chicha y longanizas. Eso fue bueno, porque me estaba cansando de llevar a mi amito con el hocico por los escombros. Me detuve para darle un poco de compota que había en un frasco recién destapado. Yo buscaba una buena comida y di justo con las longanizas. Comimos durante un rato. Nos esperaba un largo viaje. El pobrecito se quedó dormido con tanta compota. Lo subí a mi espalda y me aventuré a buscar un camino que nos llevara a la ciudad.

Esa tarde busqué un refugio seguro, pero por más que buscaba, no encontraba humanos en condiciones para ayudarnos. Al andar esquivando árboles y derrumbes en el camino, se podía observar casas en llamas, casonas completamente destruidas, potreros completamente desarmados. Esos bellos parajes ahora parecían un campo de batalla. Pronto divisé a lo lejos una pequeña construcción que

aún seguía en pie. Al acercarme, me di cuenta de que era mejor de lo que esperaba. Era un pequeño establo. Había unos cuantos quesos en una repisa cerca del fogón. Le di de comer a mi amo y nos recostamos sobre un montón de paja seca que estaba en una esquina protegida del viento. Durante el día se sintieron muchos movimientos extraños. Yo solo rogaba para que esas vigas se mantuvieran en su lugar. Mi amo, por su parte, seguía en la seguridad de sus sueños infantiles.

Me quedaba poco tiempo. Sabía que venía algo grande y que debía poner en resguardo al pequeño, pero ya era demasiado tarde. El agua empezó a llegar y me tocaba las patas. Tomé al niño con la boca y me dispuse a correr lo más rápido que pude. Cuando me di cuenta, el agua me llegaba a la barriga y empecé a nadar. Afortunadamente pude ver un pedazo de roca grande en el que afirmarme. Me puse a mirar y todo estaba hecho un desastre.

Por fin pude divisar una zona sin escombros y despejada, pero me costaba nadar con el niño en la boca, pero algo me pasó, sentí un dolor muy fuerte en el vientre y de repente, entre el agua con barro, vi sangre. Me iba debilitando, pero a la vez, el agua desaparecía. Encontraba mi “luz al final del túnel” al ver unos carretones y gente en la entrada de la ciudad. Aún con el niño en la boca, pero tambaleándome, el que mi amo estuviera a salvo, me empujó adelante aunque me sentía muy débil.

Ahora me estoy debilitando... apenas puedo ver que unas personas encuentran a mi amito... Lo bueno es que ahora sé... que estará bien... Esperen, puedo oír algo:

—Ese perro salvó la vida de ese niño. Ese perro salvó otra vida del terremoto aquí en Valdivia.

Y al oír esas palabras ya puedo dormir con mis amos grandes en paz.



## REGIÓN DE LOS LAGOS

## RAMONCITO, EL MONITO DEL MONTE

**Amparo Isabel Arriagada Leyton (7 años)**

Estudiante

Ancud

*Segundo lugar regional*

**M**i abuelita me contó que cuando era muy pequeña su papá, que se llamaba Rolando, la invitó a pasear por el campo. Se subieron a una carreta que llevaba víveres para las personas que vivían más alejadas. Al llegar al campo, su papá le dijo que el lugar se llamaba Coñimó. Bajaron de la carreta en lo alto de una colina. Desde allí, me contaba, se veía la playa de Coñimó. En uno de los extremos se veía el estero que era un lugar donde cruzaba la gente en bote que venía de Ancud. Además se veía la iglesia, más conocida como iglesia San Miguel.

Por la tarde subieron donde una tía que se llamaba Rosa quien los invitó a comer tortilla al rescoldo y a tomar mate. Antes de que se terminara el día, Juanito, el hijo de tía Rosa, invitó a mi abuelita a pasear por el bosque. Salieron por el camino y se adentraron a un bosque lleno de arrayanes. Yo también los he visto. Son muy fáciles de reconocer en el camino porque su tronco es anaranjado. Después de tanto caminar y caminar, llegaron a una parte donde el bosque es más espeso. Allí, mi abuelita me contaba que conoció a un gran

amigo. En el medio de un árbol muy alto, había una especie de roedor de ojos muy grandes. Su cara era como la de un mono, pero su cuerpo era como de un ratón. En ese momento no lo sabía, pero ahora sabe que es un monito de monte.

El monito de monte estaba congelado. Ella pensó que estaba muerto, pero cuando lo tomó en sus manos, se dio cuenta que respiraba. En la escuela yo investigué y me di cuenta que era la forma en que ellos hibernaban, o sea, que descansan mientras dura el invierno. Pensó que agonizaba, así que lo envolvió en su chaleco y lo abrazó para que no tuviera frío. Ya se estaba haciendo de noche, así que mi abuelita y Juanito decidieron regresar a la casa de la tía Rosa. Pasaron la noche allí, así que mi abuelita durmió con el monito de monte al cual había apodado Ramón.

Al día siguiente volvieron a subirse a la misma carreta y volvieron a Ancud sin contarle mi abuelita a mi bisabuelo Rolando que llevaba entre sus ropas a Ramoncito. Al pasar los días el



monito de monte parecía estar de mejor ánimo. Mi abuelita lo llevaba a todos lados y aprendió que se alimentaba de insectos y también de algunos frutos.

Pasaron dos semanas, pero mi abuelita notó que el ánimo de Ramoncito ya no era el mismo. Entonces decidió contarle la verdad a su papá y decirle que tenía al monito de monte viviendo ahí. Entonces mi bisabuelo Rolando le dijo a mi abuelita que Ramoncito estaba triste porque ese no era su hogar. Su hogar estaba entre los árboles y el bosque espeso de Coñimó. Entonces mi abuelita tenía que tomar la difícil decisión de ir a dejarlo de vuelta al bosque, así que tomó su mantita que le había tejido para el invierno y partió rumbo a Coñimó. Mi abuelita estaba muy triste.

Cuando la carreta llegó a la colina, Juanito ya la esperaba, así que juntos tomaron a Ramoncito y se fueron a dejarlo al bosque. Mi abuelita buscó el mismo árbol donde lo había tomado, le puso su frazadita de lana y le dio un gran beso. Juanito le buscó algunos insectos y se alejaron deseándole la mejor de las suertes.

Mi abuelita aprendió una gran lección, que además me transmitió a mí también, y es que hay que cuidar a nuestros animales y proteger los lugares y bosques donde viven. Hoy, al leer un libro en la biblioteca, me di cuenta que los monitos de monte están en peligro de extinción, por eso me alegra cuando mi abuelita me cuenta que Ramoncito volvió a su hábitat.



## REGIÓN DE LOS LAGOS

## LA JARRA MÁGICA

**Bárbara del Pilar Miranda Silva (11 años)**

Estudiante

Castro

*Tercer lugar regional*

**E**sta historia comienza en un lugar ya olvidado, recóndito de Chile, en la Octava Región, a poca distancia de un pueblito llamado Rere, donde vivía la abuela de mi mamá.

Mi mamá me contaba que su abuela le contaba de la existencia de una tal jarra mágica que se encontraba en el campo donde vivía. Estaba en una pradera rodeada de bosques en su mayoría de robles y canelos. El lugar era muy hermoso. Lo cruzaba un río no muy profundo y de aguas muy claras. En la pradera había unas rocas gigantes puestas ahí quizás por los mismos gigantes en una época anterior, por eso los campesinos hablaban de la existencia de una jarra mágica.

Esta jarra mágica estaba llena de monedas de oro y su altura te llegaba a la rodilla. Podía decirse que estas monedas tenían el tamaño de una moneda antigua de cien pesos chilenos.

Estas monedas eran tan brillantes que no podías verlas sin usar algún tipo de lentes de sol u otro tipo de lentes, y además decían que

había una gran cantidad de ellas en su interior. Se decía que si la encontrabas podrías ser muy rico o quizás multimillonario.

Cuentan los campesinos que esta jarra mágica se revelaba a través de un cordero blanco solo cuando había luna llena. Este cordero podía verse jugando o pastando alrededor de unas grandes rocas donde estaba la jarra mágica entre las grandes rocas de la pradera de varios metros de altura y profundidad.

Muchos campesinos trataron de enlazar al cordero, pero era muy difícil y escurridizo para poder atraparlo. Se decía que si uno lo enlazaba, tenía que esperar hasta la mañana siguiente y así encontraría la ubicación exacta de dónde estaba la jarra porque ahí estaba el cordel enlazando la jarra en vez de un cordero.

Además contaban los campesinos que la jarra mágica te podía también conceder deseos, por lo que había que tener cuidado con cada deseo que uno pidiera, porque cada moneda te concedía un deseo diferente y no se podía



repetir, porque si repetías un deseo, perdías toda tu fortuna y no tenías ningún recuerdo de la jarra mágica.

Había muchos campesinos que intentaban enlazar este cordero cuando había luna llena, pero no se les revelaba a todas las personas. No todos podían ver el cordero. En algunas oportunidades, cuando andaban dos o más personas, uno lo veía y los otros no podían verlo.

No se sabe por qué algunos si lo veían y otros no. Los lugareños decían que la fortuna es para algunos y no para todos.

Un día, un campesino muy avaro pudo enlazar al cordero y a la mañana siguiente encontró la

jarra mágica. Su felicidad era tan grande que comenzó a sacar las monedas una a una y decía que no iba a compartir su fortuna con nadie. Y la jarra cada vez se iba hundiendo en las profundidades de la tierra, cada vez más, hasta que el avaro no pudo retroceder para poder salir, pero su avaricia era tan grande que no podía dejar las monedas y salir con las manos vacías por lo que siguió intentándolo hasta que fue succionado por la jarra mágica.

Se dice que el avaro no era digno de la jarra mágica, por eso se lo tragó la tierra, y ahora cuentan los campesinos que en luna llena se pueden ver dos hermosos corderos pastando y jugando entre las rocas de la pradera, muy felices.



## REGIÓN DE LOS LAGOS

## CIPRESEROS DE LAS GUAITECAS

**Paloma Estefanía Huenteo Antipani (14 años)**

Estudiante

Quellón

*Mención especial del jurado*

Cuenta mi abuelo Juanchio que aproximadamente en el año 1980 al 1998, en el sector de Molulco, vivía una familia muy numerosa que los apodaban los *Huenteo* que en *mapudungun* significa “gente del alto”. También eran conocidos como “Cipreseros de las Guaitecas” y se dedicaban a extraer el famoso ciprés. Partían desde sus casas contactando a un grupo de gente que se dedicara a la madera y que le gustara este trabajo. Posteriormente viajaban a Quellón, compraban suficientes víveres para dejar en sus casas y llevar a su viaje de trabajo. Se preparaban con una embarcación y emprendían viaje a las Guaitecas donde podían estar hasta dos meses trabajando, extrayendo ciprés.

Una vez llegado a un lugar, fabricaban algunas ranchas o chozas de nailon donde se pudiera dormir y cocinar de buena forma. Se acondicionaba un lugar como fogón y cocina, y alrededor se hacían las camas en donde se dormía muy calentito. Al fogón se le colocaba una base de arena muy fina para poder cocer

tortillas al rescoldo y dos horcones por los costados a una altura de unos 80 centímetros con una vara atravesada que servía para colgar las ollas donde se preparaba la comida.

En algunos lugares había que navegar largos trechos de ríos y poder avanzar internándose lo más cercano posible a los bosques donde se acopiaba la madera extraída. Este trabajo se realizaba de forma artesanal, solo con hachas muy filosas para cortar, labrar y arreglar la madera de tal forma que quedara bien cuadrada. Se les hacía un moño o perilla en la parte de adelante donde se amarraba con un pedazo de cabo o cuerda de un metro y medio aproximadamente con un trocito de madera en un extremo de aproximadamente 50 centímetros que servía como yugo y los cuadrados de ciprés eran arrastrados con esta herramienta por largos tramos de huellas que eran abiertas a punta de hachas. Cada persona cumplía distintos roles. Algunos golpeaban o cortaban madera, otros carancheaban los palos, esto significaba que sacaban las partes más gruesas



y adelgazaban un poco la madera. Este trabajo lo realizaban las personas más novatas. Otros labraban y cuadraban la madera. Esta labor la realizaban las personas con más experiencia por nombrar algunas, como el abuelo Juan Huenteo Mayorga, apodado Juanchio; también el abuelo Luis Obando Millalonco, apodado Obando; mi tío ya fallecido Diego Guenteo Llautureo, dueño de la embarcación Sofía Carolina y quien cumplía también la misión de trasladarlos a las Guaitecas y además era el capitán de la embarcación. Cuando emprendía viaje, a mi tío le gustaba escuchar la canción “Pescadores de altamar”.

Otros realizaban la labor de arrastrar los palos cuadrados hasta la desembocadura de un río donde era navegable. En ese lugar se acopiaba y cuando había lo suficiente para la carga de la embarcación, se confeccionaban balsas de puros cuadrados que eran fabricadas por todas las personas. Este trabajo consistía en hacer una primera capa y, en cada extremo, una vara de luma de unos cinco metros de largo. Se amarraban con *goques* o lianas, uno a uno, de tal manera que quedaran bien firmes. Se colocaban hasta tres capas de cuadrados tomando una forma de balsa y cuando subían las mareas más altas y un día antes de que fuera la luna llena, flotaban todas las balsas.

Se procedía a desarmar los campamentos, se subían todas las herramientas y las cosas que eran utilizadas durante el periodo de trabajo y emprendían viaje por el río empujándose por varas largas de unos cinco metros. Navegaban

río abajo con marea variante y eran arrastrados por las corrientes del río. En algunas ocasiones las balsas se desarmaban o se encajaban en las puntas de los troncos y necesariamente tenían que esperar el otro mar lleno. Esto significaba esperar un día más, por eso la salida era siempre un día antes de la última marea más alta hasta llegar al lugar en donde esperaba la embarcación.

Una vez llegados, se cargaba la embarcación y se emprendía el viaje de retorno a Quellón. En algunas ocasiones, especialmente en el invierno, no se podía viajar por condiciones de mal tiempo pudiendo quedar encerrados en algún puerto seguro que ya eran conocidos por los navegantes. A veces se quedaban sin víveres, viéndose obligados a sobrevivir de cualquier forma.

A mi papá Albán Huenteo, hijo de mi abuelo Juan Huenteo, con ocho años de edad en ese entonces, le gustaba acompañar a su papá, hermano y primos. Le tocó vivir en algunas ocasiones estas experiencias teniendo que salir a pescar caminando muchos kilómetros de hermosas playas, mariscando almejas, cholgas, locos, pescados, róbalos y corvinas y cuando se retornaban de esta misión, en un campamento improvisado en tierra, se procedía a ahumar los pescados para que pudieran aguantar muchos días más y poder tener alimento suficiente.

Uno de los pasatiempos era jugar a los naipes, truco y brisca, y a veces, cuando bajaba la marea, fabricaban pelotas de cochayuyo y con

estas se podía jugar fútbol. Se podía estar hasta medio día jugando mientras que otros salían a picar leña y a buscar agua dulce. Los meses más complicados eran julio y agosto.

Los cipreseros podían estar encerrados en algún puerto entre cinco y 15 días entregando y cuando calmaba el viento o temporal, se continuaba el viaje hacia Quellón. Las salidas siempre eran de noche para llegar temprano por la mañana y comenzar a entregar la madera que ya estaba encargada o negociada. Se pagaban

en efectivo y se podía ganar hasta unos 2.500 pesos por metro de ciprés. Esta madera era muy apetecida por constructores de embarcación de ribera y propietarios de lanchas y aparte de los cuadrados, también de los cipreses se hacían tejuelas, estacas, pilotes, cuadernas naturales y otros encargos de madera.

Una vez encontrados todos los productos, volvían a las casas para dedicarse a las labores del campo invirtiendo algunos recursos que habían sido ganados por la venta de la madera.



## REGIÓN DE AYSÉN

## EL TALLER DE MI ABUELO

**Michel Ivon Aguilera Nahuelquin (12 años)**

Estudiante

Aysén

*Segundo lugar regional*

**A**ntes que finalice la primavera, en el colegio donde estudio nos dan vacaciones de verano por tres meses, de los cuales disfruto mucho, ya que nos vamos de vacaciones a visitar a mis abuelos, junto a mi familia. Ellos viven en Puerto Puyuhuapi, un pueblo muy hermoso donde podemos disfrutar de la naturaleza en su totalidad y de las brisas del mar.

Cada vez que nos vamos de vacaciones, preparo con ansias mis maletas, una con la ropa que más me gusta y la otra con mis muñecas.

—¡Al fin llegó el día! —gritamos y saltamos con mi hermanito Maximiliano de tres años y Cristófer de 15 años. Ya muy ansiosa por viajar, escribo una lista de todas las cosas que quiero hacer en mis vacaciones. Una de ellas es estar con mi abuelo e ir a jugar y ayudar en su taller donde hace botes para toda la región de Aysén.

Es un viaje largo, de cuatro a cinco horas, muy agotador, pero vale la pena viajar a tan hermoso lugar, como Puyuhuapi. Tratamos de entretenernos con mis hermanos y mis papás.

Ellos nos cuentan historias, muy buenas, tales como los animales que vemos en el trayecto y mi papá inventa buenas historias porque tiene una imaginación increíble. Nosotros lo escuchamos con atención, ya que pasa más rápido la hora de viaje y sin darnos cuenta llegamos a nuestro paraíso.

Nuestros abuelos nos esperan sentados. Mi abuela, una anciana pequeña, de mi estatura porque no soy muy alta. Solo tengo 12 años, gordita, pelo corto y seria; y mi abuelo, un hombre alto, esbelto, moreno, con un bigote debajo de su nariz, su boina azul y su ropa llena de aserrín, muy risueño. Nos abrazan con mucha felicidad por nuestra llegada y, como siempre, nos esperan para cenar con pescado frito y papas hervidas, algo delicioso.

Ya anhelaba que sea otro día para salir temprano a recorrer Puerto Puyuhuapi. Yo creo que en menos de una hora recorro todo porque no es muy grande como Puerto Aysén.



Mi abuelo se despierta todos los días a las seis de la mañana a tomar mate amargo y después a comer algo antes de dirigirse a sus labores diarias en su taller. Yo lo escucho levantarse y me levanto detrás de él. Mi abuelo me queda mirando sorprendido y me dice:

—¡Hija, tan temprano levantada!

—¡Sí, abuelo, quiero ir contigo a trabajar hoy!

Mi abuelo se ríe orgulloso. Ya listos, nos vamos a su taller y, como todos los años, me tiene un columpio listo. Siempre está lleno de gente su taller. Yo le pregunto por qué y él me dice:

—¡Ya es momento de ir a dar una vuelta!

Caminamos por la orilla del mar y él me toma de la mano.

—¡Abuelo, cuéntame de ti! ¡Cuéntame de tu gran vida! Yo te admiro mucho. ¡No sabes cuánto!

Mi abuelo suelta una lágrima que corre por su mejilla.

—¡Bueno, hija mía! Mi nombre completo, por si no lo sabías, es Arturo Nahuelquin Rain. Soy carpintero de ribera en este hermoso paraíso, un oficio con tradición familiar. Mi papá fue carpintero de ribera. Él vino desde Chiloé hasta donde estamos los dos. Empecé a trabajar con él junto con mi hermano, desde chicos, y aprendí lo que hago acá. Soy nacido y criado. Desgraciadamente yo no tuve estudios, trabajo

solo en lo práctico. Los secretos de un bote, hija mía, son en primer lugar empezar desde la base, de la quilla. Uno arma, coloca la quilla, después coaje, espejo, roa y el emplantillaje. Se encintan al lado y cuando está todo encintado, se coloca la ligación. Ya teniendo todo eso listo se colocan las tablas —contaba emocionado sobre su trabajo—. ¡Para mí no hay nada fuera de mi alcance. Todo lo sé, eso es lo que quiero que aprendas, hija mía, que nunca vayas a tener nada fuera de tu alcance. ¡Todo es posible en esta vida! ¡Cuando estaba mejor de salud, en 24 días tenía un bote, pero los años no pasan de gusto! —nos reímos juntos—. ¡La madera con la que se trabaja es ciprés y tenío, y si no me falla la memoria hice aproximadamente 150 botes para la región de Aysén, y ahora hay poca gente que trabaje artesanalmente haciendo botes, ya que ninguno de tus tres tíos quiere trabajar conmigo. ¡Se perderá esta tradición! También salgo a pescar mucho y a buscar leña con tu abuela en nuestro bote. Llevamos muchas cosas ricas para comer en nuestro viaje! ¡Mi viejita! —da un tremendo suspiro—. ¡Aunque sea un poco enojona, la amo y es mi compañera, pero cuando estamos los dos juntos es estar en el cielo! ¿Quieres que salgamos en bote e ir a pescar y visitar las termas que descubrí? —me pregunta con alegría para conocer lo que más le gusta.

—¡Sí, abuelo, vamos!

Con emoción me cuenta su vida.



—Ya, hija mía, ¿en que estábamos? Ah, ya recordé. ¡Ahora te enseñaré a pescar y después iremos a las termas naturales. Creo que algún día le colocaran mi nombre! ¡Me gusta bañarme acá, es relajante y alivia los dolores musculares! Con tu abuela tenemos siete hijos vivos y dos muertos. Tratamos de criarlos lo mejor posible y gracias a Dios salieron buenas las cuatro mujeres que me han dado muchos nietos. ¡Un poco flojos los hijos para tener relaciones amorosas, pero buenos también! Creo que he tenido una gran vida. Me gusta. Ojalá esto nunca acabe: Ver a mis nietos crecer y todos los logros que han hecho en su vida para poder

decir: “He criado bien a mis hijos, ya que en mis nietos se reflejará lo que yo hice con mis hijos”. ¡Ya, hija mía, es hora de despertar!

Están llegando a Puerto Puyuhuapi, y esta es mi historia.

—Espero que te haya gustado y servido para tu vida, pero es momento de irme a descansar al cielo. ¡Sé una buena niña porque en ti veo muchas cosas de mi! ¡Te cuidaré por siempre, ya que te vi nacer pero no te veré crecer en vida! ¡Lo haré como tu ángel guardián desde el cielo junto con Dios! Adiós.



## REGIÓN DE AYSÉN

## LA MANO NEGRA

**Aelyn Michel Ruiz Muñoz (13 años)**

Estudiante

Aysén

*Tercer lugar regional*

**H**oy, en la celebración de los 80 años de mi bisabuelo, en el fragor de la conversación, nos comienza a relatar una leyenda muy poco conocida en mi región.

Hace muchos años cuando Aysén se formaba, la mayoría de la gente se movilizaba entre Aysén y Argentina. Muchos lugareños viajaban entre estancias con mucho ganado. En el camino que hoy va hacia Balmaceda, nace nuestra historia.

Cuenta la leyenda que un hombre traía ganado de intercambio por un camino boscoso. En aquel lugar comenzaron a ver deslizamientos de tierra con movimientos bruscos y fuertes, dispersando el ganado que el hombre traía. El caballo se asustó y comenzó a relinchar volteando al hombre que quedó tendido en medio del bosque no pudiendo reaccionar.

El hombre se encontró en el suelo con una herida en la cabeza mientras un aire álgido le recorría su cuerpo. Él solo atinó a arrastrarse en medio del lugar. En ese momento vio que se acercaba un nuevo deslizamiento de tierra que arrastraba una gran palizada. Con las escasas

energías el hombre trató de zafarse, pero la fuerza de la naturaleza fue más intensa arrastrándolo varios metros entre los escombros, mientras pensaba en todo lo inconcluso que tenía en su vida, aquella hija que esperaba en una pequeña casa a un héroe que nunca llegaría. Entre estos pensamientos aquel hombre se esforzó por salir, aferrándose como pudo a unas matas que aún estaban intactas, logrando salir pero a muy mal traer. Su cuerpo pedía morir mientras su alma soñaba con la vida.

Así se arrastró varios metros. Todavía en la cima del cerro se sintió un estruendo mucho más fuerte que el primero. El hombre solo dio un grito. Entre la tierra y la palizada trató de aferrarse en aquel cerro con tanta desesperación que sus manos quedaron retratadas en dicho lugar, como una marca para su familia, para que supieran todo lo que luchó hasta el final por ellos. El cuerpo del hombre nunca fue encontrado, solo el rastro de sus manos.

Hoy en día en aquel cerro existe el vestigio de aquel incidente en él, denominado “cerro Mano Negra”.



## REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

## CACIQUE MULATO

**Gabriel Ignacio Miranda Zúñiga (12 años)**

Estudiante

Laguna Blanca

*Primer lugar regional*

Cuando era pequeño, mi abuelita Elena me contó una historia de cuando ella era niña. Yo estaba ansioso porque se trataba de un indio que conoció. Yo era muy curioso y quería saber cómo vivían en ese tiempo, ya que antes no había utensilios como los que usamos hoy en día. La historia dice así:

Antes aquí, en Villa Tehuelches, vivían los indios tehuelches. Hace muchos, muchos años, fuimos con mis padres a visitar un lugar llamado “la cueva de la leona”. Yo sabía que ahí vivieron los indios. Lo que yo quería era saber de sus costumbres y sus formas de vida.

Cuando llegamos, mis padres comenzaron a hacer el almuerzo. Yo les dije que quería ir a conocer el lugar mientras ellos preparaban todo para comer. Recorrí casi todo el lugar. Me dio hambre. Quería volver rápido y mientras volvía, vi una pequeña cueva. Me pareció raro porque no la había visto cuando recorrí el lugar. Me quedé pensando si iba a comer con mis padres o iba a investigar la cueva. Yo

tenía mucha curiosidad y entonces decidí ir a investigar la cueva. Mientras iba caminando, se veían lanzas, boleadoras y pieles de animales. Más al fondo, se veía una fogata y también una sombra. Al verla, me asusté. Quería correr porque me dio mucho miedo y además tenía hambre. De repente, la sombra se movió y parecía que venía hacia mí. Cuando estaba a punto de arrancar, me di cuenta que era un hombre. Me tomó del hombro y me dijo:

—No temas, no te haré daño.

El misterioso hombre me dijo que se llamaba Cacique Mulato y que era un indio. Yo estaba sorprendida y quería que me contara historias, sus costumbres, etc.

Llegué donde estaban mis papás y les presenté al Cacique. Al principio creyeron que era una broma, pero cuando les dije que era un indio y que nos iba a contar historias, estaban sorprendidos. El Cacique nos habló sobre su vida. Dijo que para cazar usaban boleadoras y

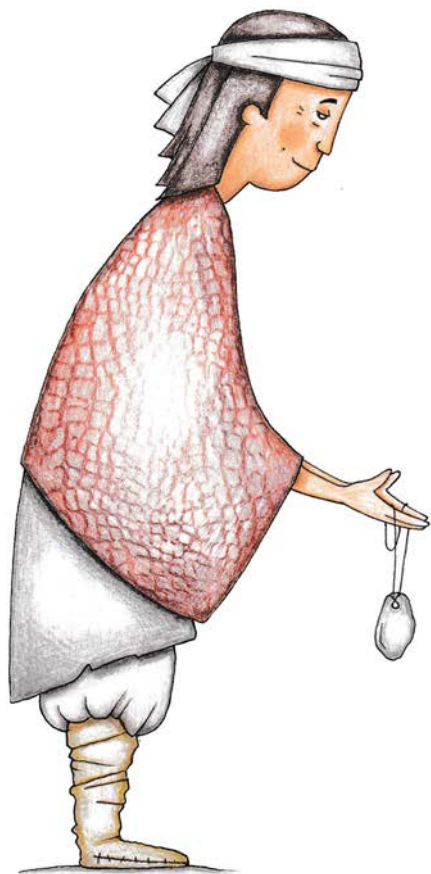
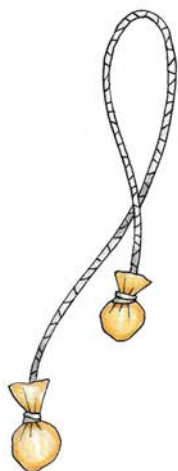


lanzas como las que tenía en su cueva cuando entré. También nos contó que se vestían con pieles de animales, pero lo más triste fue que nos dijo que vinieron hombres más armados que ellos y los mataron a todos menos a él. Era el único que sobrevivió. De la tristeza, lloré, pero el Cacique me secó las lágrimas y me dijo:

—No estés triste —Me secó las lágrimas—. Son cosas que pasan.

Al rato después, mis padres dijeron que nos teníamos que ir. Guardaron todo y estaban listos para partir. Nos despedimos del Cacique y le agradecemos por las historias y él me regaló su collar. Como estaba tan agradecida, le di un fuerte abrazo. Nos despedimos y nos fuimos.

Me gustó la historia de mi abuelita y también el collar del Cacique. Ahora me pregunto: ¿seguirá vivo?





## REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

## TRAICIÓN EN LA PATAGONIA

**Rodolfo Exequiel Solís Carvajal (14 años)**

Estudiante

Laguna Blanca

*Segundo lugar regional*

**M**e había quedado sin trabajo. La empresa donde yo laboraba quebró. Tenía que hacer algo para conseguir dinero para sobrevivir así que hice un par de llamadas a algunos amigos y me dieron el dato sobre una estancia en la que necesitaban peones, con o sin experiencia en el rubro. Llamé y sorprendentemente me dijeron que enviara mis datos a un correo electrónico y al día siguiente me respondieron que ya estaba contratado para trabajar en la esquila. Me pasaron a buscar a mi casa cerca de las seis de la mañana del día posterior al aviso.

Cuando llegué a la estancia, me sorprendió el hermoso paisaje de la pampa magallánica. No imaginaba que me pasaría algo tan inesperado. Bajé del auto y el chofer me dijo que esperara al jefe de la estancia con su hijo para que me hicieran una especie de tour por el lugar.

Conocí a mi jefe. Su nombre era Damián y su hijo Diego y la pareja de él se llamaba Amanda. Ella me cautivó desde la primera mirada que dirigió hacia mí. Fui con ellos en el tour por todos los lugares de la estancia. Me

gustó demasiado así que firmé el contrato sin pensarlo dos veces.

Al día siguiente empecé a trabajar. La verdad es que me encantó cómo me trataron, excepto el hijo del patrón. Se notaba que no le simpatizaba para nada, pero yo tenía que tratarlo con respeto porque era el hijo de mi jefe. Me correspondía a esa hora de las 13:30 horas ir a almorzar y la vi a ella, con su sonrisa que me enloquecía cada vez que la miraba. Me atreví a hablarle y ella con su encantadora voz me empezó a conversar de igual manera que yo le hablaba a ella. Me contó de su vida. Tenía a sus padres difuntos y por obligación ella tuvo que irse a vivir con Damián, su esposo, ya que el padre de él era el mejor amigo de su padre.

Terminé de almorzar y tenía que regresar al trabajo y debía ser muy puntual, ya que a mi patrón no le agradaba que ningún peón llegara atrasado. Tuve que trabajar hasta tarde. Mi jornada fue muy agotadora y terminó cerca de la 17:30 horas.



Al regresar pasé cerca del río Penitente. El lugar estaba muy silencioso, pero oí un ruido que llamó mi atención. Fui sigilosamente a ver. Me escondí en las matas y vi sola a una mujer sentada a la orilla del río. Me preguntaba qué o a quién estaba esperando.

Al cabo de unos segundos, llegó Diego, el hijo del jefe en el auto de su padre. Abrazó cariñosamente a la mujer y le susurró al oído: “Cómo quisiera estar más tiempo contigo, pero el destino ha querido, a pesar de amarnos, mantenernos separados”. Después de eso, se dieron un beso apasionado y cada uno se fue a su hogar.

Me quedé muchos días pensando en lo que vi sin decirle a nadie, sin decidirme si le contaba a alguien la verdad de lo que sucedió ese día.

Un día tomé la difícil decisión y le conté a Amanda toda la verdad de la infidelidad de su marido. Ella, descontrolada, fue con furia a encarar a Diego y tuvieron una violenta discusión que llevó a la mujer a coger el auto de su esposo y a exceso de velocidad huyó del

lugar. Diego tomó un jeep de la estancia y la persiguió. La persecución duró cerca de diez minutos hasta que en una curva peligrosa, la mujer perdió el control del vehículo y se volcó en un barranco perdiendo la vida en forma instantánea.

Al recibir la noticia de lo ocurrido, sentí dolor, rabia, arrepentimiento y ganas de no estar en ese lugar. Decidí renunciar a mi trabajo y regresar a mi ciudad natal para olvidar esa tragedia de la cual me sentía en alguna medida responsable.

Pasaron los meses, años y decidí ir a visitar la estancia. Allí, conversando con la cocinera, me contó que los dueños anteriores vendieron todo y se fueron al extranjero después de la muerte de Amanda. Pero me dijo algo muy curioso y a la vez perturbador. Relató que desde hace muchos años, cerca del río Penitente, se escucha el llanto desconsolado de una mujer en la fecha que ocurrió la tragedia.

¡Mi hermosa Amanda! Su espíritu aún merodea por la pampa de Magallanes.



## REGIÓN DE MAGALLANES Y LA ANTÁRTICA CHILENA

## EL CAMPAMENTO

**Nicol Franchine Barrientos Leiva (12 años)**

Estudiante

Laguna Blanca

*Tercer lugar regional*

La historia que me contaron trata de ocho jóvenes magallánicos que vivían en Villa Tehuelches. Los jóvenes eran: Juan, Pedro, Álex, Andrés, María, Julia, Julieta y Ana.

Juan y Pedro eran los menores. Tenían 12 años. Álex tenía 15 años y Andrés, 14. De las mujeres, Julieta era la mayor. Tenía 14 años. María y Ana eran menores. Tenían 11 años y Julia, 13.

Un día a Álex se le ocurrió ir a acampar. Invitó a sus amigos y amigas que estaban muy contentos. Se fueron todos juntos. Al llegar junto a un lago, armaron sus carpas, comieron un poco y luego fueron a jugar. Al anoecer, Juan tenía ganas de ir al baño. Como tenía miedo de ir solo, despertó a Alex, quien lo acompañó. Al regresar, caminaron y encontraron una casa que al parecer estaba abandonada.

Llegaron al campamento pensando en la casa que habían visto. Al día siguiente les contaron a los demás y acordaron que irían todos en la noche a la casa. Así lo hicieron y, al llegar, vieron a través de las ventanas unos frascos con algunos elementos raros. Se asustaron mucho y salieron corriendo.

Al llegar al campamento de vuelta hablaron en conjunto y planearon esta vez entrar a la

casa. Llevaron linternas y los más miedosos se quedaron cuidando el campamento. Luego, en la noche, se dispersaron para entrar por las ventanas, pero estaban las luces encendidas. Vieron a un hombre que estaba sentado en un sofá tomando té. El hombre escuchó un ruido y salió a ver. Los jóvenes le dijeron que los disculpara, que no sabían de quién era la casa. El hombre de carácter afable los invitó a pasar y los invitó pan recién horneado.

Julieta le dijo muy curiosa:

—¿Qué tiene en el frasco?

El hombre les contó una historia que trataba de una vivencia de su juventud. Él y su papá, que se llamaba Juan, fueron al campo a una laguna y encontraron unos huesos de zorro, de chingues y de otros animales de la Patagonia. Ellos los convertían en instrumentos para tocar y luego los vendían. Con eso ganaban dinero que les ayudaban a vivir mejor. Cuando su padre murió de cáncer, se sintió muy triste y dejó de hacer instrumentos pero coleccionó algunos huesos y los guardó en grandes frascos que conservó como recuerdo de la hermosa tarea que realizaba con su padre.



Los ojos del buen hombre de tez morena se llenaron de lágrimas al recordar a su progenitor. Terminó de contar la historia, muy acongojado. Los jóvenes le dijeron que ya tenían que irse.

Desde ese día, los jóvenes visitan al hombre solitario, escuchan sus interesantes historias y realizan algunos trabajos con huesos, plumas y otros elementos de la zona.







Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA  
Ministerio de Agricultura

Esta edición cuenta con el financiamiento del Ministerio de Educación